

Capítulo 31 – La visión final.

Introducción:

Llegamos ahora al movimiento final de nuestra sinfonía, apropiadamente

titulado "La visión final". El último movimiento de una gran sinfonía (Beethoven, por supuesto, me viene inmediatamente a la mente) es a menudo una gran culminación de la música anterior, no siempre en la forma, aunque ciertamente en sí en el contenido. En el Capítulo 31 encontramos una confluencia de los temas principales del texto en un todo

glorioso – una conclusión adecuada para esta magnífica obra.

Leeremos al final del capítulo, "La jornada llega a su fin, y acaba donde comenzó" (T-31.VIII.12:3), refiriéndose al viaje que comenzó en la locura,

cuando creíamos que podíamos estar separados de nuestra Fuente.

Nos

tomamos esta idea en serio, nos unimos al ego y todo fue cuesta abajo a

partir de ahí. En el Capítulo 30 estábamos listos para un nuevo comienzo,

para ascender por la escalera que el ego nos hizo descender: desde la mente

al mundo, y desde allí regresar a la mente para elegir de nuevo (recuerda en

el gráfico [ver Apéndice], el punto encima de la mente dividida representa

nuestro ser tomador de decisiones). El sistema de pensamiento del ego comenzó cuando nos apartamos del Espíritu Santo, culminando con la fabricación del mundo. Siguiendo el milagro del Espíritu Santo volvemos al

punto de elección anterior y tomamos otra decisión. Este es el tema predominante de este movimiento final, su sección de cierre es "Elige de

nuevo". Además del repaso en este capítulo de nuestros temas sinfónicos

familiares, con una variación sublime, nos encontramos a nosotros mismos

en el principio: el tomador de decisiones, ahora está lleno de la sabiduría

que le permite hacer la elección definitiva e irrevocable de poner fin al

sueño y regresar a casa, donde Dios "quiere que estemos" (T-31.VIII.12:8).

El principio de Expiación.

El principio de la Expiación inicia esta última etapa del viaje. Es la respuesta del Espíritu Santo a la diminuta y alocada idea, que nos dice que

la separación de Dios era una ilusión, y que lo que es una imposibilidad nunca ocurrió. Esta simple declaración de un simple hecho hizo que el ego

desarrollara su estrategia de impedirnos de escuchar la Voz de Dios.

Examinamos una declaración que describe la locura de la creencia del ego

de que podría lograr su objetivo:

(I.6) ¿Es acaso esta Vocecilla tan débil y queda que no puede alzarse por encima del insensato ruido de sonidos que no tienen sentido? La Voluntad de Dios no fue que Su Hijo se olvidara de Él, y el poder de Su Voluntad reside en la Voz que habla por Él. ¿Qué lección vas a aprender? ¿Qué desenlace es inevitable, tan seguro como Dios y está más allá de cualquier duda e incertidumbre? ¿Cómo iba a poder oponerse tu mísero aprendizaje, que tan difícil fue de aprender y cuyas consecuencias son tan extrañas, a las sencillas lecciones que, desde los

orígenes del tiempo y desde que la capacidad de aprender fue concebida, se te enseñan en cada momento del día?

La suave y apacible Voz del Espíritu Santo llevaba consigo el final del sueño, incluso cuando este pareció empezar. Su Presencia, el recuerdo de

Quiénes somos como Cristo, anuncia el fin del yo por el que nos hemos esforzado en defender y sostener. Como vimos al comienzo de nuestra sinfonía, cuando aparecieron las voces del ego y del Espíritu Santo, preferimos las mentiras del ego en lugar de la separación y lo elegimos como nuestro maestro. El único miedo del ego, entonces, lo suficientemente

grande como para inspirar un cosmos, era que reconociéramos nuestra decisión equivocada de escuchar la voz equivocada. Volviendo a nuestra

cordura por fin, inevitablemente elegimos corregir el error.

Jesús nos pide que evaluemos cuidadosamente los resultados de estas dos

opciones. Él nos está enseñando a ver cómo las lecciones del ego solo traen dolor, mientras que la elección en favor del Espíritu Santo y Su Expiación asegura nuestra paz eterna, haciendo que el ego desaparezca de nuevo en la nada de la que provino. Esto significa que el yo individual, que nunca existió en primer lugar, "simplemente dejará de parecer que existe" (M14.2:12). La necesidad de auto-conservación del ego motivó su estrategia de asegurarse de que nunca cambiemos nuestras mentes, haciéndonos olvidar que incluso teníamos una. Una vez que nos convertimos en sin mentes, cambiar la mente se volvió imposible, porque ¿cómo puedes cambiar lo que no sabes que tienes? En consecuencia, el ego nos dijo que permanecer en la mente era extremadamente peligroso. Aceptando su historia de pecado, culpa y miedo, creíamos que la ausencia de la mente era una protección contra la destrucción segura a manos de un Dios vengador que buscaba recuperar la vida que imaginábamos que le habíamos robado. Este pensamiento delirante que dio por muerto a nuestro Creador, es a lo que Un Curso de Milagros se refiere como pecado. Hemos visto muchas, muchas veces cómo el propósito lo es todo, y necesitamos considerar la locura de este mundo y cómo el Espíritu Santo es su corrección. Como nunca nos detuvimos a considerar la total locura de las mentiras del ego, seguimos ciegamente sus caminos hacia el infierno. Nunca escuchamos el engaño en el cuento del ego de que podríamos protegernos de la aniquilación abandonando la mente y haciendo un mundo en el que escondernos. El cuerpo, por lo tanto, nos convence de que el mundo que experimentamos es verdadero, la estrategia del ego (su propósito), nuevamente, es dejarnos sin mentes y sin recuerdo de nuestra

fuelle (la mente) y de nuestra Fuente (la Mente). Una metáfora central en el
Curso es el sueño, y Jesús nos quiere recordar que somos el soñador, no la
figura del sueño, una mente, no un cuerpo. Sin embargo, en este mundo,
habiendo olvidado el origen del sueño, creemos que lo que aquí pasa es la
realidad, y que las figuras que van y vienen son reales.
El miedo del ego a la Expiación.
Pasamos ahora a algunas afirmaciones, tan poderosas como otras, sobre el
papel que juega el cuerpo en la estrategia del ego. Recuerda que el ego nos
dice que somos pecadores y que, si permanecemos en nuestras mentes, Dios
nos destruirá como castigo por lo que le hicimos. Dando su consejo sobre
cómo salvarse de este pecado, el ego nos hace fabricar un mundo, fragmentando la Filiación en trillones de cuerpos y proyectando sus pecados secretos y odios ocultos (T-31.VIII.9:2) sobre otro. Como el núcleo
del sistema del ego es el principio de uno u otro, si me deshago de mi pecado, y, por lo tanto, me vuelvo inocente, alguien más lo tendrá: no puede
ser que ambos seamos inocentes o culpables. Por tanto, si soy inocente,
debes ser culpable; y si puedo demostrar tu culpa a causa del pecado, habré
probado mi inocencia y escaparé de la ira de Dios. Mientras esta locura parece tener lugar en cuerpos que tienen resentimientos contra otros cuerpos, en verdad ocurre únicamente en la mente loca; el sueño del mundo
no es más que una sombra fragmentada del sueño original y secreto de la mente.
(III.1:5-6) Nunca odias a tu hermano por sus pecados, sino únicamente por los tuyos. Sea cual sea la forma que sus pecados parezcan adoptar,
lo único que hacen es nublar el hecho de que crees que son tus propios

pecados y, por lo tanto, que el ataque es su “justo” merecido.
Esta es otra declaración de la proyección. Lo que odiamos en otro refleja lo que odiamos en nosotros mismos, quizás no a nivel de la forma, pero siempre a nivel del contenido. El ego nos ayuda a escapar de la Expiación al hacer que el pecado sea real en la mente y luego verlo en el cuerpo de otra persona que merece el castigo que en secreto creemos que debe ser nuestro.

(III.2:1) ¿Por qué iban a ser sus pecados pecados, a no ser que creyeses que esos mismos pecados no se te podrían perdonar a ti? Si bien el ego nos dice que nuestros pecados son imperdonables y están más allá de la redención, podemos escapar de ellos al creer, como el proverbial avestruz, que ya no están porque no los vemos. Habiendo caído en la historia del ego, no reconocemos que no vemos nuestros pecados porque han sido reprimidos y proyectados. Sin duda, vemos el pecado – en todos menos en nosotros mismos. Es por eso que estamos comprometidos con el ataque y el juicio, y nos resistimos a dejarlos ir.

(III.2:2-10) ¿Cómo iba a ser que tus pecados fuesen reales, a no ser que creyeses que constituyen tu realidad? ¿Y por qué los atacas por todas partes, si no fuese porque te odias a ti mismo? ¿Eres acaso tú un pecado? Contestas afirmativamente cada vez que atacas, pues mediante el ataque afirmas que eres culpable y que tienes que infligirle a otro lo que tú te mereces. ¿Y qué puedes merecer, sino lo que eres? Si no creyeses que mereces ataque, jamás se te ocurriría atacar a nadie.

¿Por qué habrías de hacerlo? ¿Qué sacarías con ello? ¿Y de qué manera podría beneficiarte el asesinato?

Necesitamos un maestro, su curso e instrucción continua para aprender que el pecado y la maldad nunca están fuera de nosotros, a pesar de lo que

informan nuestros órganos sensoriales. Si vemos la maldad, lo que significa que la hicimos real al darle poder sobre nosotros, es porque primero la hicimos real en nosotros mismos. En lugar de verla en la mente, forzosamente la vemos en todas partes. ¿Cómo no podría ser así cuando la proyección da lugar a la percepción, uno de los temas clave de nuestra sinfonía, es un hecho de la mente dividida? La culpa exige castigo y al habernos decidido por la culpa, también debemos creer que nuestro ataque a la verdad merece un ataque contra nosotros, justificando nuestros contraataques. Ante nuestra locura, Jesús nos pide que reconsideremos la decisión original que desencadenó esta cascada de agresión: "¿Es esto lo que realmente quieres, cuando la paz de Dios es tuya para elegirla?" Pasamos ahora a una descripción específica del cuerpo. Este movimiento de cierre en nuestra sinfonía vuelve al importante tema de lo que es el cuerpo y el propósito al que sirve. No es la base del problema, ni la respuesta; sino que es una simple proyección de lo que no queremos ver y aceptar en nuestra mente.

(III.3:1-2) Los pecados se perciben en el cuerpo, no en la mente. Jesús no quiere decir esto como una verdad, ya que el pensamiento del pecado está solo en la mente. Sus palabras aquí reflejan la perspectiva del ego mientras lleva adelante su estrategia de ausencia de la mente, haciéndonos percibir el pecado como algo externo (es decir, en el cuerpo).

(III.3:3) No se ven como propósitos, sino como acciones. Aquí, nuevamente, está el tema del propósito. Como fundamento del sistema de pensamiento del ego, el pecado prueba que la separación es real. Sirve al propósito aún más insidioso de obligarnos a huir de la mente voluntariamente. Al aprender del ego sobre nuestra pecaminosidad, nos sentimos obligados a irnos porque nosotros creíamos que permanecer en la

mente significaba una clara destrucción. El pecado nos movilizó a la acción de convertirnos en cuerpos sin mente y pecadores, garantizando así de que nunca cambiemos nuestras mentes y aceptemos la Expiación. (III.3:4-7) Los cuerpos actúan, pero las mentes no. Por lo tanto, el cuerpo debe tener la culpa de lo que él mismo hace. No se le ve como algo pasivo que simplemente se somete a tus órdenes sin hacer nada por su cuenta. Si tú eres un pecado, no puedes sino ser un cuerpo, pues la mente no actúa. Este es el caso cuando seguimos la estrategia del ego: creemos que hemos pecado y, negando ese "hecho", proyectamos nuestra pecaminosidad en los demás, negando que haya una mente. Terminamos odiando el cuerpo por lo que supuestamente ha hecho para hacernos sufrir. No hace falta decir que el tú en "tus órdenes" se refiere a la mente tomadora de decisiones, el comandante del cuerpo y la fuente del problema. (III.3:8-11) Y el propósito tiene que encontrarse en el cuerpo y no en la mente. El cuerpo debe actuar por su cuenta y motivarse a sí mismo. Si eres un pecado, aprisionas a la mente dentro del cuerpo y le adjudicas el propósito de ésta a su prisión, que entonces actúa en su lugar. Un carcelero no obedece órdenes, sino que es el que da órdenes al prisionero. El ego ordena las cosas para que el cuerpo sea el carcelero y la cárcel, el determinante de lo que somos y siempre seremos. Recuerda nuestras discusiones anteriores de los Capítulos 27 y 28, especialmente "La inversión de efecto y causa" (T-28.II). El cuerpo es el efecto de la mente, la cual es su causa (como se ve en el gráfico), pero el ego invierte el orden por lo que parece como si el cuerpo nos afectara: otros son la causa de lo que somos, física y psicológicamente, sin mencionar que nuestro propio cuerpo

determina cómo nos sentimos. Esto, por supuesto, expresa la estrategia del ego de convencernos de que el cuerpo es autónomo y real, y que somos criaturas sin mente, esclavizadas por un amo cruel que no podemos controlar.

(III.4:1-5) Mas es el cuerpo el que es el prisionero, no la mente. El cuerpo no tiene pensamientos. No tiene la capacidad de aprender, perdonar o esclavizar. No da órdenes que la mente tenga que acatar, ni fija condiciones que ésta tenga que obedecer. El cuerpo sólo mantiene en prisión a la mente que está dispuesta a morar en él. Jesús presenta la visión correcta del cuerpo: todo se hace en el nivel de la mente, y nada a nivel corporal. Por ejemplo, si no nos gusta lo que hace una marioneta en el escenario, no la agredimos, ni la criticamos ni la despedimos; en cambio, nos quejamos al titiritero que hace que el títere actúe y hable por él. De manera análoga, el cuerpo no puede ser el problema, porque literalmente no hace nada porque es nada. Los cuerpos simplemente no existen – no viven, no mueren, son nada. Solo la mente es la causa de todo lo que el cuerpo piensa, siente, dice y hace.

(III.4:6-7) Se enferma siguiendo las órdenes de la mente que quiere ser su prisionera. Y envejece y muere porque dicha mente está enferma. Nuestras mentes eligieron el cuerpo e inventaron las leyes que lo gobiernan – las leyes del nacimiento y la vida, el placer y dolor, el envejecimiento y la muerte. ¿Cómo podría el cuerpo causar nuestras experiencias cuando simplemente sigue el plan de la mente para él? Debido a que esta realidad no es nuestra creencia, necesitamos una voz de sabiduría que venga desde fuera del cuerpo (la mente correcta) para explicarnos su verdadera naturaleza. Este tema se ha discutido bastante a menudo en nuestra sinfonía, y lo vemos nuevamente enunciado aquí en el movimiento final.

(III.4:8-10) El aprendizaje es lo único que puede producir cambios. El cuerpo, por lo tanto, al que le es imposible aprender, jamás podrá cambiar a menos que la mente prefiriese que él cambiase de apariencia para amoldarse al propósito que ella le confirió. Pues la mente puede aprender, y es en ella donde se efectúa todo cambio. El aprendizaje que tiene lugar en la mente es el único agente de cambio. El cuerpo no puede aprender porque no hay nada allí que pueda aprender, ya que nunca ha abandonado su fuente en la mente. Siendo nada más que un epifenómeno del sistema de pensamiento ilusorio de la mente, el cuerpo es realmente nada. Este motivo central de nuestra sinfonía va de la mano con el énfasis del Curso en la mente tomadora de decisiones y la nada inherente al cuerpo.

(III.5:1) La mente que se considera a sí misma un pecado sólo tiene un propósito: que el cuerpo sea la fuente del pecado, para que la mantenga en la prisión que ella misma eligió y que vigila, y donde se mantiene a sí misma separada, prisionera durmiente de los perros rabiosos del odio y de la maldad, de la enfermedad y del ataque, del dolor y de la vejez, de la angustia y del sufrimiento.

Nuestras mentes erradas programan el cuerpo para que sea una fuente de ataque, pena y dolor, así como también de placer. Cuando la mente se coloca bajo las leyes del cuerpo, parece que las seguimos, aunque en verdad no nos gobiernan otras leyes que las de Dios (L-pl.76). Si bien este claramente no es el caso en el mundo, donde las leyes dominan el cuerpo, es la mente todopoderosa la que dio su poder al cuerpo y se convirtió en su esclava. Esto hace imperativo que recordemos que todavía somos la mente

tomadora de decisiones, la cual es el problema y la respuesta. Alcanzar esta

conciencia, el requisito previo para despertar del sueño del odio y la muerte

es el único objetivo de Un Curso de Milagros.

(III.5:2-4) Aquí es donde se conservan los pensamientos de sacrificio, pues ahí es donde la culpabilidad impera y donde le ordena al mundo que sea como ella misma: un lugar donde nadie puede hallar misericordia, ni sobrevivir los estragos del temor, excepto mediante el asesinato y la muerte. Pues ahí tú te conviertes en un pecado, y el pecado no puede morar allí donde moran el júbilo y la libertad, pues éstos son sus enemigos y él los tiene que destruir. El pecado se conserva

mediante la muerte, y aquellos que creen ser un pecado no pueden sino

morir por razón de lo que creen ser.

Ésta es otra declaración sucinta de la relación entre la mente y el cuerpo,

subsumida bajo el tema más amplio de la estrategia del ego de evitar que

aceptemos la Expiación. Al volvernos cuerpos sin mentes, el ego se asegura

de que nunca podremos cambiar nuestras mentes y elegir contra él.

Entendiendo que este propósito subyacente está en todo, necesitamos ver

cómo se aplica en nuestra vida diaria en la que buscamos continuamente

problemas corporales que necesiten ser resueltos, y soluciones para problemas que no existen realmente. La culpa de la mente gobierna el cuerpo que no sabe nada de ella, y tememos ser felices y libres porque en

esa experiencia no hay ego, especialismo ni yo. La muerte al ego se convierte en nuestro escape del dolor, el último sacrificio que locamente

pensábamos que era alegría. Sin embargo, la verdadera libertad y alegría

vienen sólo cuando aceptamos la Expiación y nos damos cuenta de que

nuestros pecados nunca sucedieron, lo que significa que no hay nada que

perdonar o expiar.

Llevando adelante este tema de buscar y no hallar, pasamos a "La verdadera alternativa". Para repetir, una vez que el ego fabricó el mundo y el cuerpo, nos impulsó a encontrar soluciones externas para problemas externos, asegurándose de que nunca las encontraríamos. Esta, por supuesto, es la

razón por la que nunca ha habido y nunca habrá paz en el mundo.

Dado que

las soluciones del mundo implican ganadores y perdedores, y como egos

que nos identificamos con el mundo, no podemos reconocer que la única

solución verdadera es que nadie pierda y que todos ganen.

(IV.1:1-4) Existe una marcada tendencia a pensar que el mundo puede ofrecer consuelo y escape de los mismos problemas que tiene como propósito perpetuar. ¿A qué se debe esto? Se debe a que éste es un lugar en el que elegir entre ilusiones parece ser la única opción, y a que

tú crees tener control de los resultados de tu elección.

Una vez más, vemos el importantísimo tema del propósito. Dado que el propósito del mundo es mantener el problema real de la culpa oculto y sin

resolver, no tiene sentido mirar al mundo para resolver problemas que fueron hechos para distraernos y mantenernos sin mente. Aquí parece que

las opciones consisten en uno u otro: residiremos en el lugar a o b, viviremos con la persona c o d, tomaremos el trabajo e o f. Pensamos que la

felicidad se encuentra en estas decisiones, y concluimos que cuando no

estamos contentos es porque decidimos incorrectamente y necesitamos

elegir de nuevo. Sin embargo, ninguna elección mundana nos satisfará jamás, porque nos negamos a hacer lo único que nos traerá paz: volver a la

mente para elegir un maestro diferente.

(IV.1:5) Piensas, por lo tanto, que en el breve lapso que se extiende desde tu nacimiento hasta tu muerte se te ha concedido un poco de

tiempo para tu uso exclusivo: un intervalo de tiempo en el que todo el mundo está en conflicto contigo, si bien puedes elegir el camino que te librará del conflicto y te conducirá más allá de las dificultades que no son de tu incumbencia.

Intentamos resolver nuestros problemas a través del especialismo, el cual

adopta muchas formas, incluida la eliminación del problema de la culpa

inconsciente al matar a otro psicológicamente o incluso física-mente.

En

nuestro pensamiento delirante creemos que actuamos en nuestro mejor

interés al deshacernos de un problema que se percibe como externo.

Naturalmente, no funciona de esa manera, y podemos ver a Jesús burlándose gentilmente de la importancia que le damos a nuestras muy

cortas vidas.

(IV.1:6-8) Pero sí que te incumben. ¿Cómo ibas a poder, entonces, escaparte de ellas dejándolas atrás? Lo que tiene que ir contigo te acompañará, sea cual sea el camino que elijas recorrer.

Mientras creamos que somos egos culpables, nuestro destino como cuerpos

es de nuestra incumbencia. Negar esto no disuelve la preocupación, sino

que simplemente la saca de la conciencia. A raíz del ego y su estrategia de

la ausencia de la mente, los problemas interminables e insolubles permanecen con nosotros hasta que nuestras mentes elijan contra ellos. La

salvación de todo este conflicto es muy simple.

(IV.2:1-6) La verdadera elección no es algo ilusorio. Mas el mundo no te la puede ofrecer. Todos sus caminos no hacen sino conducir a la desilusión, a la nada y a la muerte. Sus alternativas no constituyen una verdadera elección. No intentes escaparte de tus problemas aquí, pues el mundo fue concebido precisamente para que no se pudiese escapar de ellos.

El punto de esta sección es que el mundo nos ofrece infinitas posibilidades

de elección, pero ninguna de ellas realmente funciona porque su propósito

es mantenernos en el cuerpo, en la vida y en la muerte. De hecho, todo aquí existe con el propósito de prevenir nuestro regreso a la mente donde, como nos dice el libro de ejercicios (L-pl.79,80), solo hay un problema (la creencia en la separación) y una solución (aceptar la Expiación). Ésta es la única alternativa que el ego nunca nos permitirá considerar. Debería estar claro a estas alturas que el mundo nos proporciona convenientemente suficientes subterfugios y se camufla para que nunca vayamos hacia adentro – su propósito fundamental. El ego inventa un problema ilusorio tras otro, todos los cuales se derivan de la culpa de la que nunca podremos librarnos; difícilmente podemos escapar de un problema al que nos aferramos sin saberlo. Creemos que el problema es la culpa de los demás, lo que nos impulsa a concentrarnos en sus cuerpos con la mágica esperanza de escapar de la culpa de la mente que ni siquiera sabemos que existe. En verdad, nada puede funcionar aquí porque estamos buscando el problema y su solución en el lugar equivocado. ¡Una defensa brillante y sumamente eficaz, sin duda!

(IV.2:7-9) No te dejes engañar por los diferentes nombres que se le han dado a sus caminos. Todos tienen la misma finalidad. Y cada uno de ellos es tan sólo un medio para alcanzar esa finalidad, pues es ahí adonde todos ellos conducen, por muy diferentes que parezcan ser sus trayectorias.

Todos los caminos del mundo conducen a la muerte porque aquí nada dura, otra forma de entender por qué el mundo no ofrece nada. Entonces, también, al buscar ayuda en el mundo, reforzamos la culpa de la mente por habernos alejado de nuestra Ayuda interior, la cual nos recuerda el alejamiento original de Dios, del amor y de la vida eterna.

“El concepto del yo frente al verdadero Ser” es nuestra próxima sección,

una de las más importantes en Un Curso de Milagros. Jesús guarda algunos de sus pasajes más impactantes para el final, y aquí vemos representada de manera inequívoca la denominada estrategia asesina del ego. El ego comienza diciéndonos que somos culpables de haber cometido el pecado imperdonable de destruir el Cielo, diciéndole egoísta-mente a Dios que Su Amor no era suficiente. Lo hicimos sin importar que lo que queríamos tuviera que ser comprado a Sus expensas, porque preferíamos nuestro especialismo a Su perfecta Unidad y Amor. Estos pensamientos constituyen el sueño secreto, el cual encontramos intolerable porque nuestra culpa es muy abrumadora. El ego nos advierte que solo podemos salvarnos proyectando nuestra culpa, manteniendo así la identidad separada que le robamos a Dios y dando a otros el pecado. Ahora otros lo tienen, estableciendo su culpabilidad y nuestra inocencia, con la loca esperanza de que Dios los verá a ellos como pecadores e inocentes a nosotros. Al hacerlo, tenemos nuestro pastel de separación y disfrutamos digerir el especialismo que contiene, mientras que otros son castigados por nuestra pecaminosidad. De hecho, vivimos nuestras vidas compilando largas listas de nombres, repletos de detalles de las cosas terribles que la gente nos ha hecho a nosotros y a los demás, todo con el propósito de convencer a Dios de que los destruya. Nadie nacido en el mundo escapa a la carga de la culpa de este cruel juego de evitar el castigo exigido por nuestro pecado. La primera parte de esta sección se estructura en torno a las dos caras de la estrategia del ego, comenzando con la “cara de inocencia” que cubre la cara pecaminosa de la culpa.

(V.1) Las enseñanzas del mundo se basan en un concepto del yo que se ajusta a la realidad mundana. Y como tal, se adapta muy bien a ella. Pues es una imagen que encaja perfectamente en un mundo de sombras e ilusiones. En él se encuentra como en su propia casa, y todo lo que ve es uno con ella. El propósito de las enseñanzas del mundo es que cada individuo forje un concepto de sí mismo. Éste es su propósito: que vengas sin un yo, y que fabriques uno a medida que creces. Y cuando hayas alcanzado la "madurez", lo habrás perfeccionado, para así poderte enfrentar al mundo en igualdad de condiciones y perfectamente adaptado a sus exigencias. Afirmamos que somos quienes somos por lo que el mundo nos ha hecho, comenzando con nuestro nacimiento. Nosotros no elegimos nacer, por ejemplo, ya que nuestros padres son claramente responsables de esto; ni tampoco hicimos nuestra herencia genética ni el medio ambiente. El yo en desarrollo es algo que el mundo nos ha dado, y el sentido de nuestra existencia consiste en dominar una vida de defensa y ataque para preservar una frágil y vulnerable identidad.

(V.2:1-3) Forjas un concepto de ti mismo, el cual no guarda semejanza alguna contigo. Es un ídolo, concebido con el propósito de que ocupe el lugar de la realidad como Hijo de Dios.

Aunque las palabras no se usan aquí, Jesús se refiere a la "parodia" del ego de la gloriosa creación de Cristo, el único Hijo de Dios (T-24.VII.1:11; 10:9). El yo sustituto del ego es el ídolo que adoramos, una mezquina ilusión que aseguramos que está llena de la grandeza de lo divino; una sustitución para la cual afirmamos nuestra total falta de responsabilidad.

(V.2:4-5) El concepto de ti mismo que el mundo te enseña no es lo que aparenta ser, pues se concibió para que tuviera dos propósitos, de los cuales la mente sólo puede reconocer uno.

Esto es similar a lo que leemos cerca del final del Capítulo 27, donde Jesús

habló de los dos niveles de sueños: el sueño secreto de la mente y el sueño del mundo del cuerpo (T-27.VII.11,12). El temeroso mundo de acosadores asesinos y pecadores – abusando de nosotros y traicionándonos – imita el sistema de pensamiento de la mente del pecado, la culpa y el miedo. Muy amablemente, el mundo nos permite poner la "cara de inocencia", la culminación de la estrategia del ego en la que nuestra pecaminosidad se encuentra en otros y es percibida por Dios Quien exigirá Su venganza sobre sus pecadores.

Aquí está el primero de los dos propósitos a los que sirve nuestro autoconcepto. Dado que las víctimas inocentes no tienen más remedio que luchar por lo que el mundo cruel les ha hecho, no se les puede responsabilizar por sus actos de agresión:

(V.2:6-9) El primero presenta la cara de inocencia, el aspecto con el que se actúa. Ésta es la cara que sonríe y es amable, e incluso parece amar.

Busca compañeros, contempla a veces con piedad a los que sufren, y de vez en cuando ofrece consuelo. Cree ser buena dentro de un mundo perverso.

Estos "inocentes" no lanzan el primer ataque, y cuando atacan, se justifican de que fueron atacados primero. Esta indefensa "cara de inocencia" justifica

la guerra y los ataques preventivos contra los malvados, personal y colectivamente, reforzando su posición al forjar alianzas especiales que defienden el bien contra el mal, la verdad contra sus enemigos.

(V.3:1-4:2) Este aspecto puede disgustarse, pues el mundo es perverso e

incapaz de proveer el amor y el amparo que la inocencia se merece. Por

esa razón, es posible hallar este rostro con frecuencia arrasado de

lágrimas ante las injusticias que el mundo comete contra los que quieren ser buenos y generosos. Este aspecto nunca lanza el primer ataque. Pero cada día, cientos de incidentes sin importancia socavan poco a poco su inocencia, provocando su irritación, e induciéndolo finalmente a insultar y a abusar descontroladamente.

La cara de inocencia que el concepto de uno mismo tan orgullosamente

lleva puesta, condona el ataque que se lleva a cabo en defensa propia, pues, ¿no es acaso un hecho hartamente conocido que el mundo trata ásperamente la inocencia indefensa? Nadie que forja una imagen de sí mismo omite esta cara, pues tiene necesidad de ella.

Lo que el ego nunca nos dice es que queremos que nos traten injustamente

- “Cuídate de la tentación de percibirte a ti mismo como que se te está tratado injustamente” (T-26.X.4:1) - para que podamos reclamar nuestra

inocencia frente al pecado de otro. Nuestros ataques son justos y redirigen

la ira de Dios hacia los que convertimos en pecadores, lo que es atestiguado

por las injusticias perpetradas en nuestras cabezas libres de pecado.

Esta

defensa loca es obligatoria para que el sistema de pensamiento del ego

pueda sobrevivir. ¿De qué otra manera podría preservarse nuestro pecado si

no se ve en otra parte? ¿Qué mejor defensa que dejar que Dios Mismo participe de nuestra percepción errónea? Astutamente adoptamos el rostro

del inocente Hijo de Dios, estableciendo firmemente su realidad yuxtaponiéndola con Su Hijo culpable, percibido en un malvado victimario

por un Padre vengativo empeñado en su castigo.

(V.4:3-5:2) Mas no quiere ver el otro lado. Sin embargo, es ahí donde el aprendizaje del mundo tiene puestas sus miras, pues es ahí donde se establece la “realidad” del mundo, para perpetuar la continuidad del ídolo.

Detrás de la cara de inocencia se encuentra una lección, para enseñar la

cual se concibió el concepto del yo. Es una lección acerca de un terrible desplazamiento y de un miedo tan devastador que la cara sonriente que se encuentra encima tiene que mirar para siempre en otra dirección, no sea que perciba la traición que oculta. Esta cara subyacente es lo que el ego se esfuerza por mantener oculta, la razón de su "cara de inocencia". La sección tendrá perfecto sentido si entendemos que estas dos caras pertenecen a un propósito. Nosotros ponemos la "cara de inocencia" - haciendo de un mundo en el que nacemos como víctimas, siendo efectos inocentes de lo que otros nos han hecho - para que otros se conviertan en los pecadores que Dios destruirá. Esto realmente nos hace cómplices de asesinato. De hecho, somos realmente nosotros los asesinos porque nuestro rostro oculto ha fabricado el escenario de culpa y castigo que asegura que nuestro yo separado sea preservado para siempre como real, mientras que otros pagan el precio de nuestra inmortalidad con su muerte. (V.5:3) Esto es lo que la lección enseña: "Yo soy la cosa que tú has hecho de mí, y al contem-plarme, quedas condenado por causa de lo que soy". Ten en cuenta que este es el mismo tema, con notas diferentes, que vimos al comienzo del Capítulo 27: "Mírame hermano, por tu culpa muero" (T27.I.4:6). Les decimos a nuestros compañeros especiales: "Yo soy la persona abusada, rechazada y sufriente que tú hiciste. Soy lo que ves, y mientras miras, mi dolor sabe que tu pecado te ha condenado por toda la eternidad". El siguiente pasaje, que viene más adelante en la sección, explica de manera incisiva el propósito detrás de nuestro sufrimiento: (V.15:8-10) Si algo te puede herir, lo que estás viendo es una

representación de tus deseos secretos. Eso es todo. Y lo que ves en cualquier clase de sufrimiento que padezcas es tu propio deseo oculto de matar.

Este es el rostro subyacente inmortalizado por Oscar Wilde en El retrato de

Dorian Gray, la cual es la única novela del escritor Británico. Cuenta la historia de un hombre corrupto que presenta un rostro bello e inocente al

mundo, mientras que su naturaleza maligna se abre paso en el retrato horriblemente feo de sí mismo, que intenta esconderse en un armario.

Todos

somos Dorian Gray, porque debajo de nuestra "cara de inocencia" está el

rostro que le dice a nuestros compañeros especiales de amor/odio:

"Quiero

que ustedes, que son insensibles a mi dolor, sean infieles, me abandonen y

me hagan enfermar. De esta manera, Dios descubrirá sus pecados (¡no los

míos!) Y los conducirá al infierno". Este es nuestro "deseo oculto de matar".

Uno puede entender fácilmente por qué a nadie realmente le gusta este

curso, porque una vez que se entiende ¿quién querría rascar debajo de la

superficie para mirar el rostro oculto del odio y el asesinato? Si bien este

tema ha aparecido antes, vemos cómo Jesús guarda sus declaraciones más

contundentes para el movimiento final de la sinfonía. Volvamos ahora al

párrafo 5:

(V.5:4) El mundo sonríe con aprobación ante este concepto de ti mismo,

pues garantiza que los senderos del mundo se mantengan a salvo y que

los que caminan por ellos no puedan escapar.

"El pensamiento [que no perdona] protege la proyección..." (L-pII.1.2:3).

Nuestro rostro impulsado por la culpa está protegido por nuestros ataques,
que continúan sin cesar mientras su causa permanezca oculta en la mente.
Este ingenioso subterfugio preserva el sistema de pensamiento del ego a través de la negación y la proyección, al igual que el mundo que es su efecto.

(V.6:1-5) Ésta es la lección básica que garantiza que tu hermano estará condenado eternamente, pues lo que tú eres se ha vuelto ahora su pecado. Y para esto no hay perdón. No importa ya lo que él haga, pues tu dedo acusador apunta hacia él sin vacilación y con mortal puntería. Apunta también hacia ti, pero este hecho se mantiene aún más oculto entre las brumas que se encuentran tras la cara de inocencia.

Estos dos auto-conceptos (pecado e inocencia), ninguno de los cuales se

aprende en el mundo, son la esencia del sueño de separación del ego. Se

aprenden en la mente antes de que nazcamos. El ego nos hace escapar de la

carga aterradora de nuestra culpa a través de la proyección, para que otros

tengan nuestro pecado y el legado de ser asesinados en lugar de nosotros,

incluso si no hicieron nada malo. Nos deleitamos en las catástrofes y tragedias mundiales, e incluso nos sentimos decepcionados si el número de

muerres a causa de ellas es bajo. En nuestra locura perversamente cruel, nos

gusta que otros sufran porque eso prueba que Dios los está castigando a

ellos en lugar de a nosotros. Aunque el sueño es una mentira total, dentro de

la ilusión de la separación y el pecado, estos pesan sobre nuestros corazones.

(V.6:6-8) Y en esas bóvedas ocultas se conservan todos sus pecados así

como los tuyos, y se mantienen en la obscuridad, donde no se pueden percibir como errores, lo cual la luz indudablemente mostraría. No se te puede culpar por lo que eres, ni tampoco puedes cambiar lo que ello

te obliga a hacer. Tu hermano es para ti, pues, el símbolo de tus propios pecados, y lo condenas silenciosa-mente, aunque con tenaz insistencia, por esa cosa odiosa que eres.

¡Qué ingenioso! El ego escapa para siempre del gancho del pecado, o eso parece, porque su pecado secreto permanece envuelto en la oscuridad bajo el "rostro de inocencia", proclamando en voz alta los pecados de los demás como una realidad inmutable e irremediable. Un mundo malvado no puede sino surgir de este odio, del cual aparentemente no hay escapatoria. (V.7:1-5) Los conceptos se aprenden. No son naturales, ni existen aparte del aprendizaje. No son algo que se te haya dado, de modo que tienen que haberse forjado. Ninguno de ellos es verdad, y muchos son el producto de imaginaciones febriles, que arden llenas de odio y de distorsiones nacidas del miedo.

Sin embargo, hay escape, porque los conceptos no se aprenden en un mundo sobre el que no tenemos control, sino en la mente que eligió al ego como maestro. Nuestros tomadores de decisiones hicieron estos conceptos de inocencia y culpa, preservándolos a través de la proyección en el mundo de odio del ego, el cual protege a estos conceptos irreales de ser reconocidos.

(V.7:6-10) ¿Qué es un concepto, pues, sino un pensamiento al que su hacedor le otorga un significado especial? Los conceptos mantienen vigente el mundo. Mas no se pueden usar para demostrar que el mundo es real. Pues todos ellos se conciben dentro del mundo, nacen a su sombra, crecen amoldándose a sus costumbres y, finalmente, alcanzan la "madurez" de acuerdo con el pensar de éste. Son ideas de ídolos, coloreadas con los pinceles del mundo, los cuales no pueden pintar ni una sola imagen que represente la verdad.

El hacedor de los conceptos es, nuevamente, nuestra mente tomadora de

decisiones. "Los conceptos mantienen vigente al mundo", y el concepto fundamental del ego es el "rostro de inocencia" comprado a expensas de otro. Aunque los conceptos sostienen el mundo del especialismo, no pueden establecer su realidad (el principio de Expiación). Los ídolos siguen siendo ídolos, sustitutos miserables de la verdad sin más sustancia que una pequeña columna de humo. La nada del ego da lugar sólo a la nada de sus imágenes, independientemente de sus palpables atractivos de placer y dolor.

(V.8:1) La idea de un concepto del yo no tiene sentido, pues nadie aquí sabe cuál es el propósito de tal concepto, y, por lo tanto, no puede ni imaginarse lo que es.

Una vez más, Jesús nos recuerda que no entendemos el propósito. El sueño del mundo ha tomado esta forma para convencernos de que nacemos inocentes e indefensos, y es la cruel insensibilidad de los demás la que nos convirtió en los asesinos que somos. Esto justifica nuestras odiosas acciones defensivas porque el mal nos fue primero hecho a nosotros. Hasta que entendamos el propósito de ver el pecado afuera y la inocencia dentro, nunca iremos más allá de ellos hacia la Inocencia de Cristo, la cual es nuestra verdadera herencia como Hijo de Dios.

(V.8:2) Todo aprendizaje que el mundo dirige, no obstante, comienza y finaliza con el solo propósito de que aprendas este concepto de ti mismo, de forma que elijas acatar las leyes de este mundo y nunca te aventures más allá de sus sendas ni te des cuenta de cómo te consideras a ti mismo.

El mundo es un obstáculo porque lo hicimos para evitar que volvámos a la mente, el origen del auto-concepto. Además, nuestra verdadera realidad, la cual está más allá de la mente dividida por completo, no tiene un concepto

para el Ser no-dualista, el cual no puede conceptualizarse.

Parafraseando el

libro de ejercicios: "Cristo es, y luego guardamos silencio" (L-pl.169.5:4).

(VII.6:1-2) El concepto que ahora tienes de ti mismo garantiza que tu función aquí sea por siempre irrealizable e imposible de llevar a cabo. Y así, te condena a una amarga y profunda sensación de depresión y futilidad.

La depresión y la futilidad se desarrollan porque el concepto de nosotros

mismos que tenemos no nos trae felicidad o paz. Después de un tiempo nos

cansamos de ser la víctima inocente que siempre es tratada injustamente. El

otro zapato cae y salimos al ataque. Eso también se vuelve aburrido, porque

siempre estamos a la defensiva, vigilando que el mundo no nos haga lo que

creemos que le hicimos. No pasa nada aquí, excepto las proyecciones de

culpa del ego, y lo único que realmente funciona es deshacer la culpa a través de cumplir nuestra función especial de perdón.

(VII.7:1) El concepto del yo se alza como un escudo, como una silenciosa barricada contra la verdad, y la oculta de tu vista.

El propósito de hacer un "rostro de inocencia" es ocultar el rostro del asesino, ambos diseñados para protegernos del tomador de decisiones de la

mente que elegiría la Expiación. El mundo sirve al propósito de ser una gran distracción, y todo lo que pertenece al cuerpo – sus dolores y placeres

– nos mantiene en un estado perpetuo de ausencia de la mente.

(VII.7:2-6) Todas las cosas que ves son imágenes porque las contemplas

a través de una barrera que te empaña la vista y deforma tu visión, de manera que no puedes ver nada con claridad. La luz está ausente de todo lo que ves. Como máximo, vislumbas una sombra de lo que se encuentra más allá. Como mínimo, ves simplemente la oscuridad y percibes las aterrantísimas imaginaciones procedentes de pensamientos de

culpabilidad y de conceptos nacidos del miedo. Y lo que ves es el

infierno, pues eso es lo que es el miedo.

Todo aquí es el infierno porque el mundo se ve a través de los ojos del miedo, la defensa en contra de que nuestra mente elija el amor. La proyección da lugar a la percepción: al haber mirado dentro y haber visto la

oscuridad de la culpa y el miedo, solo vemos la oscuridad del dolor, el sufrimiento y la muerte en el mundo que nos rodea. Si vemos algo de luz y

esperanza, a menudo estará distorsionada por los velos de especia-
lismo que

arrojan nuestras esperanzas a la oscuridad de la desesperanza y la desilusión.

El tema de la tentación es ahora prominente a medida que avanzamos lentamente hacia la consumación de la sinfonía:

(VII.12:1-3) Sea cual sea la forma en que la tentación parezca manifestarse, no es más que un reflejo de tu deseo de ser algo que no eres. Y de ese deseo surge un concepto que te enseña que tu eres aquello

que desees ser. Y hasta que no dejes de atribuirle valor al deseo que lo engendró, éste será el concepto que tendrás de ti mismo.

Es el deseo de permanecer separados lo que da lugar al concepto de un yo

culpable y pecaminoso, que es cubierto por el concepto de un yo inocente.

Ésta, entonces, es la gran tentación: escuchar las mentiras del ego en lugar

de la verdad del Espíritu Santo, la decisión equivocada de la mente que permanece en vigor hasta que elijamos de nuevo.

(VII.12:4) Y mientras lo tengas en gran estima, verás a tu hermano como la imagen de ti que dicho deseo engendró.

Al escuchar al ego elegimos ser pecadores, lo que mantiene intacta nuestra

identidad individual y a la separación viva y en buen estado. Para proteger

este concepto de un yo pecaminoso, lo proyectamos en otro, lo cual es parte

de la inteligente estrategia del ego de preservar su existencia manteniéndonos alejados de la mente tomadora de decisiones. Esta necesidad de auto-preservación (del ego) es la causa fundamental de todo

en el sistema del ego, en la mente y en el mundo.

(VII.12:5) Pues ver es tan sólo la representación de un deseo, ya que no

tiene el poder de crear.

Recuerda la distinción que Jesús hace entre voluntad y deseo (por ejemplo,

T-7.X.4; también L-pl.73). La voluntad se equipara con la creación, mientras que el deseo es la creación errónea del ego, una defensa contra

nuestra verdadera función de creación. La Expiación enseña que la ilusión

de la creación errónea no tiene ningún efecto sobre la verdad de nuestro

santo Ser, porque lo que creemos que vemos con nuestros ojos son meros

fragmentos del sombrío deseo ilusorio de la mente de que el Hijo de Dios

sea algo distinto de lo que es.

La mente - Aprendizaje.

Cambiamos de marcha y miramos el corazón de este capítulo, si no de Un

Curso de Milagros en sí: el poder de nuestras mentes para aprender. El ego

hizo que el aprendizaje nos impidiera aprender de verdad, lo que significa

recordar la naturaleza del problema y su solución. El ego utilizó el aprendizaje para establecer un sistema de pensamiento que nos sacaría de

nuestras mentes, literal y figurativamente. Abandonando la mente enloquecida por la culpa nos convertimos en criaturas sin mente que continuaban con la locura de la separación y el especialismo. Aprender a

deshacer esta locura es el tema que abre "La visión del Salvador":

(VII.1:1-2) Aprender significa cambiar. La salvación no intenta valerse de medios que todavía sean tan ajenos a tu modo de pensar que no te sirvan de nada, ni tampoco es su intención producir cambios que tu no puedas reconocer.

El proceso es otro tema importante de nuestra sinfonía. El perdón no es algo

que hacemos rápidamente, saltando de un yo de inocencia y su culpa

subyacente a los brazos del Ser, para el cual no hay concepto. Primero tenemos que cambiar nuestro concepto de nosotros mismos por uno de mentalidad-correcta que refleje benignamente la verdadera inocencia en lugar del falso rostro del pecado del ego. Recuerda el final del Capítulo 27 donde Jesús nos consuela diciéndonos que no despertamos directamente a la realidad desde las pesadillas (T-27.VII.13). Más bien, cambiamos suavemente de las pesadillas a los sueños felices, y solo entonces al despertar. Aprendemos a nuestro propio ritmo, sin permitir que el miedo levante obstáculos insuperables al cambio inevitable que es nuestra salvación. (VII.1:3-4) Mientras perdure la percepción habrá necesidad de conceptos, y la tarea de la salvación es cambiarlos. Pues tiene que lidiar valiéndose de contrastes, no de la verdad, la cual no tiene opuestos ni puede cambiar. Nuevamente vemos a Jesús explicando por qué Un Curso de Milagros está escrito como lo está, repleto de conceptos del ego, así como su deshacimiento a través del perdón. Todos son ilusorios, porque este curso se inscribe en el marco del ego (C-in.3:1), utilizando el lenguaje y los conceptos dualistas del mundo, pero con un nuevo significado. No se nos pide que abandonemos el falso yo. Simplemente se nos pide que cambiemos el concepto de nosotros mismos que tenemos. En lugar de vernos a nosotros mismos como contruidos sobre el principio de uno u otro, comenzamos a desarrollar un concepto de nosotros mismos que ve a todos compartiendo el mismo interés y necesidad: elegir la cordura del milagro del Espíritu Santo como un medio para deshacer la locura de ataque del ego. Mientras que un yo perdonador es un concepto ilusorio, es uno que suavemente nos lleva en el viaje más allá de los conceptos por completo.

Así nosotros aprendemos a ver todas las cosas como oportunidades para desaprender las lecciones de culpa y juicio del ego. Aunque no son el Cielo, estos conceptos de mentalidad-correcta son los peldaños por excelencia que nos llevan allí.

(VII.1:5-9) De acuerdo con los conceptos del mundo, los culpables son "malos" y los inocentes "buenos". Y no hay nadie aquí que no tenga un concepto de sí mismo que cuenta con lo "bueno" para que perdone lo "malo". No puede tampoco confiar en el aspecto "bueno" de nadie, pues cree que el "malo" anda por ahí al acecho. Este concepto hace hincapié en la traición, de modo que resulta imposible tener confianza. Nada de esto puede cambiar mientras percibas lo "malo" en ti.

Construimos un concepto de un yo "bueno" a expensas del yo "malo" de

otro, y nuestra inocencia está definida por los pecados de los demás. Buscamos a los malhechores, llevándolos ante la justicia para que no seamos encontrados por Dios. Caminamos por la tierra con ojos brillantes,

como los perros hambrientos del miedo enviados a buscar bocados de culpabilidad (T-19.IV-A.12:5-7; 15:6). Con éxito en nuestra búsqueda, nos

abalanzamos sobre los pecadores y los devoramos triunfalmente, demostrando una vez más nuestra inocencia para que todos la vean.

Sin

embargo, el traicionero mundo que hemos creado, forjado por la culpa inconsciente de la mente, asegura que esta inocencia será robada una y otra

vez, lo que requiere más ataques excusables en defensa propia.

(VII.2:1-2) Mientras le atribuyas valor al ataque no podrás ver tus "malos" pensamientos. Puede que algunas veces los percibas, pero no te

darás cuenta de que no significaban nada.

Es por esto que atacamos: no queremos ver lo que creemos que es nuestro

propio mal, necesitando atacarlo en otro lugar. De vez en cuando vemos

nuestros malos pensamientos y pensamos que son reales, abrumándonos

con la duda y el odio. Sin embargo, no importa si atacamos a otro o a nosotros mismos, porque debemos darnos cuenta de que todos los pensamientos negativos – insuficiencia, fracaso, desesperación – son defensas inventadas, al igual que nuestros juicios de los demás. Son parte del mismo esquema del ego para que nuestra culpa sea tan real que necesitemos algo externo – es decir, magia – para remediar los malos sentimientos que albergamos dentro de nuestras mentes. Cuando juzgamos o atacamos, no podemos volver a su origen: la decisión de vernos a nosotros mismos como culpables de mantener alejado el Amor de Dios. De hecho, no hay mejor manera de excluir a Jesús que el ataque. Una vez más, al ego no le importa si juzgamos a otros o a nosotros mismos. Amor y odio, en cualquier forma, nunca podrán coexistir.

(VII.2:4-5) No puedes concederte a ti mismo tu inocencia, pues estás demasiado confundido con respecto a quién eres. Mas sólo con que considerases a un solo hermano como completamente digno de tu perdón, tu concepto de ti mismo cambiaría por completo. Esto explica por qué el perdón es la enseñanza básica del Curso. No podemos cambiar nuestras mentes porque no sabemos que las tenemos. Aun así, se nos puede enseñar a cambiar nuestra forma de pensar sobre los demás. Al aprender a ver inocencia en ellos y no maldad, vemos correspondientemente la misma bondad de la mentalidad-correcta en nosotros mismos.

Regresamos ahora a "La simplicidad de la salvación", la sección de apertura de este capítulo. Aquí, al final del texto Jesús nos está reprendiendo gentilmente, como lo hizo originalmente con Helen, por quejarse de que su curso es demasiado difícil. Esta es su respuesta para ella y para todos nosotros:

(I.1:1-5) ¡Qué simple es la salvación! Tan sólo afirma que lo que nunca fue verdad no es verdad ahora ni lo será nunca. Lo imposible no ha ocurrido, ni puede tener efectos. Eso es todo. ¿Podría ser esto difícil de aprender para aquel que quiere que sea verdad?

¿Quién podría pedir algo más sencillo? Lo que es verdad es verdad; lo que es falso es falso. Además, Jesús nos ha mostrado cómo distinguir uno de otro. Seguramente esto no puede ser difícil si realmente queremos aprender, lo cual es su objetivo. Sin usar específicamente el término, Jesús habla de la resistencia mientras señala por qué tenemos tantos problemas con su simple principio de salvación. Nuestro malestar no es a causa de él o de su curso "difícil". Viene del simple hecho de que nuestros egos no quieren que aprendamos las fáciles lecciones del curso. Él continúa: (I.1:6-10) Lo único que puede hacer que una lección tan fácil resulte difícil es no estar dispuesto a aprenderla. ¿Cuán difícil puede ser reconocer que lo falso no puede ser verdad, y que lo que es verdad no puede ser falso? Ya no puedes decir que no percibes ninguna diferencia entre lo falso y lo verdadero. Se te ha dicho exactamente como distinguir lo uno de lo otro, y lo que tienes que hacer si te confundes. ¿Por qué, entonces, te empeñas en no aprender cosas tan sencillas como éstas?

Estas palabras pueden enfurecernos si nos engañamos pensando que somos fieles y diligentes estudiantes de Un Curso de Milagros. Necesitamos ponernos en contacto con la parte de nuestra mente que no quiere aprender sus sencillas lecciones de salvación: la realidad es verdad, la ilusión falsa; el perdón cura, el ataque es dolor.

(I.2:1-6) Hay una razón. Pero no creas que es porque las cosas simples que la salvación te pide que aprendas sean difíciles, pues la salvación sólo enseña lo que es extremadamente obvio. La salvación simplemente procede de una aparente lección a la siguiente, mediante pasos muy sencillos que te llevan dulcemente de una a otra, sin ningún esfuerzo. Esto no puede crear confusión, y, sin embargo, estás confundido. Pues de alguna manera crees que es más fácil aprender y entender lo que es

totalmente confuso.

En efecto, Jesús nos dice: "Hay una razón por la que no aprendes mi curso,

pero no me culpes por tu dificultad para aceptar la salvación. Lo que estoy

enseñando es simple y claro. La razón de tu confusión es que te has identificado con un sistema de pensamiento de confusión, el cual aprendiste

del ego. Te aferras a esta identidad y no quieres renunciar a ella, prefiriendo

el especialismo al perdón, el juicio a la salvación".

(I.2:7-8) Lo que te has enseñado a ti mismo constituye una hazaña de aprendizaje tan gigantesca que es ciertamente increíble. Pero lo lograste porque ése era tu deseo, y no te detuviste a considerar si iba a

ser difícil de aprender o tan complejo que no se pudiese entender.

Jesús nos está diciendo que debemos mirar la locura del ego que hemos

aprendido, un complejo sistema de pensamiento en el que pusimos patas

arriba a nuestro Creador, convirtiéndolo de un Padre amoroso en un dios

aborrecible. Además, tomamos el glorioso Ser que Él creó como espíritu y

distorsionamos su pureza, colocando nuestro deformado ser en un cuerpo.

No solo aprendimos todo esto, nos enseñamos a nosotros mismos a hacer un

mundo en el que él pudiese existir y sobrevivir, incluso engañándonos a

nosotros mismos haciéndonos creer que podríamos alcanzar la felicidad y la

paz en este páramo estéril que está desprovisto de vida. ¡Una hazaña de

aprendizaje gigantesca!

(I.3:1) Nadie que entienda lo que tú has aprendido, con cuanto esmero lo aprendiste, y los sacrificios que llevaste a cabo para practicar y repetir las lecciones una y otra vez, en toda forma concebible, podría jamás dudar del poder de tu capacidad para aprender.

Esta, entonces, es la respuesta de Jesús a Helen y a todos nosotros. "No me digas que no puedes aprender este curso. Mira lo que ha aprendido tu mente increíblemente poderosa". ¿Cómo podrías argumentar que no puedes? Andar por este mundo es difícil, vivir en el cuerpo es un logro complicado y hacer frente a nuestras necesidades especiales es una tarea abrumadora. Los principios de la existencia requieren una increíble cantidad de tiempo y esfuerzo para dominarlos. "Por supuesto", continuaba Jesús, "que puedes aprender lo que es tan simple, especialmente cuando en los últimos treinta capítulos te he explicado que lo que es verdad es verdad, que lo que es falso es falso, y cómo el perdón corrige tu aprendizaje erróneo". Jesús no nos está reprendiendo, sino ayudándonos a darnos cuenta de que nuestros argumentos para él son engañosos e indignos de nuestras poderosas mentes.

(I.3:2-3) No hay un poder más grande en todo el mundo. El mundo se construyó mediante él, y aún ahora no depende de nada más. Aquí nuevamente vemos cómo Dios no tuvo nada que ver con este mundo. Nuestras mentes tomadoras de decisiones lo fabricaron, no solo el mundo que percibimos, sino el mundo mismo. Cuando aceptamos la Expiación para nosotros mismos, nos despertamos del sueño del ego, y entonces, el universo desaparecerá, al igual que cuando abrimos nuestros ojos en la mañana nuestros sueños del dormir desaparecen.

(I.3:4) Las lecciones que te enseñaste a ti mismo las aprendiste con tanto esmero y se encuentran tan arraigadas en ti que se alzan como pesadas cortinas para nublar lo simple y lo obvio. Discutimos el sobreaprendizaje cuando consideramos el Capítulo 30. De nuevo, es un término psicológico/educativo que describe haber aprendido

algo una y otra vez hasta que se vuelve habitual. Nosotros así sobreaprendimos el sistema de pensamiento del ego del pecado, la culpa y el miedo, y la obvia y simple verdad se convirtió en algo escondido de nuestra conciencia.

(I.3:5-6) No me digas que no puedes aprender. Pues tu capacidad para aprender es tan grande que te ha enseñado cosas tan difíciles como que tu voluntad no es tu voluntad, que tus pensamientos no te pertenecen, e incluso, que no eres quién eres.

Dado que nada de esto es significativo para un cerebro, condicionado a creer en el tiempo y el espacio, necesitamos abrírnos al hecho de que tenemos una mente que ha aprendido lo increíble. Esta mente fabricó el

cuerpo, aprendió a vivir en él y, lo que es aún más impresionante, a convivir

con otros cuerpos. Jesús, por lo tanto, está más que justificado en preguntarnos por qué no podemos aprender la simple verdad de que el sistema de pensamiento de separación no es real.

(I.4:1-3) ¿Quién podría afirmar que lecciones como éstas son fáciles de aprender? Sin embargo, tú has aprendido eso y más. Por muy difícil que haya sido, has seguido dando cada paso sin quejarte, hasta construir un mundo de tu agrado.

E Esto es cierto en el nivel macroscópico de un hijo que hizo el mundo, así

como a nivel personal. Hemos tenido un sueño, escribir un guión de una

vida que se adapte a nosotros, la forma perfecta en la que demostrar que

somos víctimas de un mundo sin pecado victimizadora constituida por cuerpos, familias, países, culturas, etc Todos estos son soñados por la mente

nos raíces en el mundo “inocente” de la inconsciencia.

(I.4: 4) Y cada lección que conforma el mundo surge de la primera realización de aprendizaje; una magnitud tan grande la voz del Espíritu Santo parece pequeño y aún antes de su magnitud.

Esto es cierto en el nivel macrocósmico del único Hijo que fabricó el mundo, así como en el nivel personal. Soñamos un sueño, escribiendo un

guion de una vida que nos conviene, la forma perfecta en la que demostramos que somos víctimas impecables de un mundo victimario formado

por cuerpos, familias, países, culturas, etc. Todo esto es soñado por la mente

para enraizarnos en el mundo “inocente” de la ausencia de la mente.

Tú que crees que Dios es miedo tan sólo llevaste a cabo una substitución. Ésta ha adoptado muchas formas porque fue la substitución de la verdad por la ilusión; de la plenitud por la fragmen-tación. Dicha substitución a su vez ha sido tan desmenuzada y subdividida, y dividida de nuevo una y otra vez, que ahora resulta casi imposible percibir que una vez fue una sola y que todavía sigue siendo lo que siempre fue. Ese único error, que llevó a la verdad a la ilusión, a lo infinito a lo temporal, y a la vida a la muerte, fue el único que jamás cometiste. Todo tu mundo se basa en él. Todo lo que ves lo refleja, y todas las relaciones especiales que jamás entablaste proceden de él.

Tal vez te sorprenda oír cuán diferente es la realidad de eso que ves. No te das cuenta de la magnitud de ese único error. Fue tan inmenso y tan absolutamente increíble que de él no pudo sino surgir un mundo totalmente irreal. ¿Qué otra cosa sino podía haber surgido de él? A medida que empieces a examinar sus aspectos fragmentados te darás cuenta de que son bastante temibles. Pero nada que hayas visto puede ni remotamente empezar a mostrarte la enormidad del error original, el cual pareció expulsarte del Cielo, fragmentar el conocimiento convirtiéndolo en inútiles añicos de percepciones desunidas y forzarte a llevar a cabo más substituciones.

Ésa fue la primera proyección del error al exterior. El mundo surgió para ocultarlo, y se convirtió en la pantalla sobre la que se proyectó, la cual se interpuso entre la verdad y tú. (T-18.I.4:1-6:2)

(I.4:5-6) El mundo comenzó con una extraña lección, lo suficientemente

poderosa como para dejar a Dios relegado al olvido y a Su Hijo convertido en un extraño ante sus propios ojos, exiliado del hogar donde Dios Mismo lo había ubicado. Tú que te has enseñado a ti mismo que el Hijo de Dios es culpable, no digas que no puedes aprender las sencillas lecciones que la salvación enseña.

Este es el sueño original del único Hijo de Dios: el sueño secreto de que

pecamos contra Dios y luego nos olvidamos de Él y de Su ira,
estableciendo
un yo separado en el exilio para protegernos de la aniquilación. Piensa
otra
vez del mito de Adán y Eva que termina con Dios como el gran
Exiliador
Que castiga a Sus hijos por su pecado. La historia cósmica del pecado,
la
culpa, el castigo y la muerte ha tenido un extraordinario dominio en la
conciencia del hombre Occidental, porque contiene los orígenes de su
yo
individual. Esta gran historia comenzó con una simple lección, y es casi
imposible reconocer en la naturaleza compleja del universo el único
error
en su raíz, el único error que exigía un sistema defensivo masivo para
proteger al Hijo de Dios de reconocer la ilusión por lo que es.
(I.5) Aprender es una capacidad que tú inventaste y te otorgaste a ti
mismo. No fue concebida para hacer la Voluntad de Dios, sino para
apoyar el deseo de que fuese posible oponerse a ella y para que una
voluntad ajena fuese incluso más real. Y esto es lo que este
aprendizaje
ha intentado demostrar, y tú has aprendido lo que fue su propósito
enseñar. Ahora tu viejo y remachado aprendizaje se alza implacable
ante la Voz de la verdad y te enseña que Sus lecciones no son verdad,
que son demasiado difíciles de aprender y de entender, y que son
diametralmente opuestas a lo que realmente es verdad. No obstante,
las
aprenderás, pues ése es el único propósito de tu capacidad para
aprender que el Espíritu Santo ve en todo el mundo. Sus sencillas
lecciones de perdón son mucho más poderosas que las tuyas, pues te
llaman desde Dios y desde tu Ser.
Jesús nos está apelando ahora – como lo ha hecho a lo largo del texto,
pero
en ninguna parte tan convincentemente como aquí – para que
reconozcamos el poder de la mente. Él nos está pidiendo que le
entreguemos nuestras mentes para que él sea su maestro en lugar del
ego,
instruyéndonos en el uso apropiado del aprendizaje. Aunque sigue
siendo
una ilusión, el pensamiento de mentalidad-correcta nos liberará de las

fantasías de rebelión, odio y muerte bajo las cuales hemos estado desde el principio. Nuestro maestro nos dice: "Entiendo tu miedo, pero no trates de justificarlo. No digas que tu dificultad para aprender este curso es causada por su lenguaje, el ego "todopoderoso" o las personas pecadoras que hacen imposible el perdón. No estás aprendiendo mi curso por la simple razón de que te asusta, y usas el poder de tu mente para oponerte a sus enseñanzas".

Para decir esto una vez más, Jesús no nos hace un gesto de reprensión. Suavemente levanta el velo para que podamos ver la culpa y la resistencia por las ilusiones que son, y luego ver más allá de ellas a la luz de la Expiación que disuelve el ego. La clave de este proceso es el poder de la mente para decidir, el tema principal de Un Curso de Milagros. El tomador de decisiones.

La atención se centra ahora en hacia donde está dirigida nuestra capacidad de aprendizaje: el tomador de decisiones, representado en el gráfico por el familiar punto negro en la parte superior de la mente dividida. En medio de la sección "El concepto de yo frente al verdadero Ser", párrafos 9 al 13, Jesús nos proporciona la declaración del hecho de que hay un agente tomador de decisiones en nuestras mentes. A pesar de que nunca usa el término tomador de decisiones, aquí o en cualquier lugar del Curso (excepto en el manual en un contexto ligeramente diferente [M-5.II.1:7]), se refiere a la parte de la mente que decide entre el ego y el Espíritu Santo.

Este es el "alguien" o "algo" que precede al concepto del yo y elige adoptar el impecable "rostro de inocencia" como defensa contra el rostro pecaminoso del asesino. Antes de que consideremos el argumento de Jesús

de que el tomador de decisiones precede a cualquier concepto (o rostro),
nos fijamos en algunas declaraciones a tal efecto:
(V.10:4) ¿Quién es, entonces, el “tú” que la concibió?
(V.12:6) Mas ¿quién eligió primero?
(V.12:7) ... alguien tuvo que haber decidido primero cuál de ellas elegir y cuál rechazar.
(V.13:2-3) Algo tuvo que haber tenido lugar antes de que surgieran estos conceptos de uno mismo. Y algo tuvo que haber aprendido las enseñanzas que los originó.
“Tú”, “alguien” y “algo” se refieren al tomador de decisiones, el arquitecto de nuestro auto-concepto; la parte de la mente que eligió el ego en lugar del Espíritu Santo, fabricó el rostro del asesino, y luego la cobertura del "rostro de inocencia". Estas, entonces, son las declaraciones más directas del texto sobre la mente tomadora de decisiones que elige y aprende, o, mejor dicho, sigue al Espíritu Santo y desaprende las lecciones de separación y especialismo del ego. Cuando Jesús dice al final del texto "elige de nuevo", se dirige a nuestro tomador de decisiones. ¿Qué concepto del yo adoptaremos? ¿Elegiremos a Jesús como nuestro maestro, o seguiremos escuchando la ilusoria voz del ego? Estas son las únicas preguntas significativas en las que pensamos mientras pasamos a una discusión más profunda de este tema central de Un Curso de Milagros:
(V.9:2-7) Consideremos, pues, qué prueba hay de que tú seas lo que tu hermano hizo de ti. Pues si bien aún no te das cuenta de que eso es lo que piensas, es indudable que a estas alturas ya eres consciente de que te comportas como si eso fuese lo que piensas. ¿Reacciona él por ti? ¿Y sabe él acaso lo que va a ocurrir exactamente? ¿Puede ver tu futuro y determinar por adelantado lo que debes hacer en toda circunstancia? Él tendría que haberte creado tanto a ti como al mundo para poder tener tal presciencia de lo que ha de suceder.

Jesús comienza por hacernos examinar la premisa subyacente del ego de que la proyección funciona: las ideas sí abandonan su fuente. ¿Pueden los demás realmente hacernos sentir lo que quieren que sintamos? ¿Son divinos, omnipotentes y omniscientes, con la capacidad de saber todo sobre nosotros, incluidas nuestras acciones y reacciones? ¿Somos víctimas verdaderamente inocentes de las decisiones de otros, impotentes para efectuar un cambio significativo en nuestra vida?

(V.10:1-5) Que tú seas lo que tu hermano ha hecho de ti es bastante improbable. Incluso si ello fuese cierto, ¿quién te dio la cara de inocencia? ¿Podría ser ésta tu propia aportación? ¿Quién es, entonces, el "tú" que las concibió? ¿Y quién es el que se engaña con toda tu bondad, y la ataca?

Nuevamente, Jesús se refiere al tomador de decisiones de la mente que estableció el plan para demostrar nuestra inocencia a costa del pecado de otro. Jesús vuelve a preguntar: ¿Puede ser este el caso? ¿Y qué pasa, entonces, con nuestra culpa, la cual niega continuamente la bondad que nos gusta pensar que es nuestra? Para citar el libro de ejercicios, "¡Qué la paz ponga fin a semejantes necedades!" (L-pl.190.4:1).

(V.10:6-11) Olvidémonos de la ridiculez de este concepto y pensemos simplemente en esto: lo que crees ser consta de dos partes. Si una de ellas fue generada por tu hermano, ¿quién estaba allí para inventar la otra? ¿Y de quién hay que mantener algo oculto? Aun si el mundo fuese perverso no habría necesidad de ocultar aquello de lo que estás hecho. ¿Quién lo podría ver? ¿Y qué podría necesitar defensa sino lo que se ataca?

Este puede ser un pasaje difícil de seguir, por lo que lo repasaré cuidadosamente para aclarar su significado. El concepto del "rostro de la inocencia" es una tontería porque en realidad hay dos rostros: la víctima y el victimario; el efecto inocente del pecado de otro y el pecador que es la

causa de nuestra angustia. Y estas dos caras son partes separadas de un yo pecaminoso más grande, el cual nuestras mentes tomadoras de decisiones han elegido. En otras palabras, está el tomador de decisiones que se identifica como un yo pecaminoso, y luego fragmenta ese yo en un yo impecable ("rostro de inocencia") y en el yo pecaminoso (nuestro hermano, la causa de lo que nos hemos vuelto).

Una vez más, Jesús nos pide que consideremos que, si nuestro hermano pecador "nos hizo", debe ser el ser tomador de decisiones el que lo hizo, separándose del pecado que primero hizo real. Este yo debe esforzarse continuamente por mantener su secreto culpable oculto al yo inocente que se esfuerza por ser, sin mencionar a la persona culpable sobre quien se ha proyectado el pecado. El hecho anterior de la mente dividida contradice la conclusión del ego de que el mundo es malo. Si eso fuera así, no habría necesidad de proteger la creencia de la mente de que este es malo.

Sin embargo, nuestro pecado secreto y odio oculto, hechos realidad por la identificación del tomador de decisiones con el ego, exige que veamos el mal a nuestro alrededor, pero nunca en nuestro yo inocente que establece que el pecado y el mal son reales fuera de la mente.

(V.11) Tal vez la razón de que este concepto tenga que mantenerse oculto es que, de ser expuesto a la luz, el que pensaría que no es verdad eres tú. ¿Y que le ocurriría al mundo que ves si todos sus pilares se eliminasen? Tu concepto del mundo depende del concepto que tienes de ti mismo. Y ambos desaparecerían si cualquiera de ellos se pusiese en duda. El Espíritu Santo no quiere precipitarte al pánico. Por lo tanto, lo único que te pide es que por lo menos estés dispuesto a plantearte una simple pregunta.

La estrategia del ego se articula nuevamente, porque es la clave para comprender nuestro "rostro de inocencia", por no hablar del propósito del mundo. La mente debe mantenerse en la oscuridad de la culpa y el ataque para así poder evitar darse cuenta de que la oscuridad es una ilusión, sin poder para extinguir la santa luz de Cristo. En realidad, sin embargo, todo lo que se extinguiría son los pseudo auto-conceptos con los que nos hemos identificado, así como el universo que surgió para protegerlos. A pesar de esta simple verdad, no se nos pide que hagamos más que cuestionar la realidad de la oscuridad, porque esa "pequeña dosis de buena voluntad" es suficiente para asegurar la eventual disolución de lo que nunca fue. (V.12) Hay alternativas con respecto a eso que crees ser. Podrías, por ejemplo, ser lo que has elegido que tu hermano sea. Esto ubica al concepto del yo más allá de una condición de ser algo completamente pasivo, y, por lo menos, allana el camino para que se pueda tomar una decisión consciente, y para reconocer – aunque sea parcialmente – que tuvo que haber tenido lugar alguna interacción. Se entiende en parte que tú elegiste por los dos, y que lo que él representa tiene el significado que tú le diste. Ello muestra también algunos atisbos de visión con respecto a la ley de la percepción según la cual lo que se ve refleja el estado mental del perceptor. Mas ¿quién eligió primero? Si tú eres aquello que elegiste que tu hermano fuese, tuvo que haber alternativas entre las que elegir, y alguien tuvo que haber decidido primero cuál de ellas elegir y cuál rechazar. Como parte de su enfoque gentil, Jesús nos anima a dar pequeños pasos antes del último en el que reconocemos que nuestros tomadores de decisiones eligieron una ilusión, detrás de la cual se encuentra la verdad de nuestra Identidad como Cristo. Nos guía en el proceso que poco a poco nos

lleva de vernos a nosotros mismos como víctimas inocentes al
victimario
culpable. Esto abre la mente para comprender que de hecho había
alternativas, inocencia o culpa, y por lo tanto había algo en nosotros
que
elegía entre ellas. Este es el tomador de decisiones, el "alguien [quien]
tuvo
que haber decidido primero cuál de ellas elegir". Y lo que eligió es lo
que
percibe: la proyección da lugar a la percepción.

(V.13) Si bien este paso representa un avance, no se aproxima aún a la
cuestión básica. Algo tuvo que haber tenido lugar antes de que
surgieran estos conceptos de uno mismo. Y tuvo que haber aprendido
las enseñanzas que los originó. Esto no lo puede explicar ninguno de
los

dos puntos de vista en cuestión. La ventaja principal de haber pasado
del primer punto de vista al segundo es que de alguna manera se ve
que

tú participaste en la elección por decisión propia. Mas por esta
ganancia sufres una pérdida casi idéntica, pues ahora tú eres culpable
por lo que tu hermano es. Y no puedes sino compartir su culpabilidad,
ya que la elegiste para él a imagen y semejanza de la tuya propia.
Mientras que antes sólo él era el traidor, ahora tú tienes que ser
condenado junto con él.

Nuevamente, "Algo tuvo que haber tenido lugar antes". Este "algo" es
el yo

tomador de decisiones que precede a los rostros del pecado y la
inocencia, y

es imperativo que viajemos más allá de ambos si queremos volver al
Ser. Si

no, estaremos condenados al infierno de la culpa aprisionante del ego,
en el

que todos pagan el precio del sufrimiento y la muerte.

Volviendo a la parte media de "La simplicidad de la salvación",
exploramos

las dos opciones que se nos presentan y los efectos de nuestra
decisión. El

tomador de decisiones elige entre la culpa del ego y la inocencia del
Espíritu Santo, de la cual surgen dos mundos. Esto se refiere solo a la

percepción de estos mundos, porque lo que vemos externamente es una proyección de lo que la mente ha elegido.

(I.7:1-3) Solamente se pueden aprender dos lecciones. Cada una de ellas da lugar a un mundo diferente. Y cada uno de esos mundos se deriva irremediabilmente de su fuente.

Recuerda, las ideas no abandonan su fuente y la proyección da lugar a la

percepción. Si elegimos la culpa, veremos un mundo culpable; si elegimos

la inocencia, veremos solo un mundo inocente. Debe ser así porque no hay

nada fuera de la mente, y el sistema de pensamiento que hemos hecho real

dentro es lo que el mundo exterior nos muestra.

(I.7:4-8) El mundo que ves es el resultado inevitable de la lección que enseña que el Hijo de Dios es culpable. Es un mundo de terror y desesperación. En él no hay la más mínima esperanza de hallar felicidad. Ningún plan que puedas idear para tu seguridad tendrá jamás éxito. No puedes buscar dicha en él y esperar encontrarla.

Este es nuestro tema familiar de buscar y no encontrar, ya que este "mundo

árido y polvoriento" (L-III.13.5:1) fue hecho para frustrar nuestro deseo de

verdadero éxito y felicidad duradera. Jesús da una descripción similar, aunque más elaborada en el comienzo del Capítulo 13, cuando describe el

mundo como "el sistema ilusorio de aquellos a quienes la culpabilidad ha

enloquecido" (T-13.in.2:2). Es fundamental que miremos al mundo a través

de ojos abiertos, reconociéndolo como un lugar de desesperación, pérdida y

muerte. Si negamos su realidad viéndolo a través de lentes de color rosa,

pensando "todo es como debería ser", la paz estará a la vuelta de la esquina,

y el amor agitará sus alas mientras se cierne sobre nosotros en bendición,

pero nosotros estaremos negando la culpa de la mente que es la fuente del mundo. Por eso es esencial mirar con la visión libre de juicios de Jesús mientras interpretamos el mundo que vemos. Si realmente creyésemos que las cosas aquí son maravillosas, creeríamos que las cosas son maravillosas por dentro. Si ese fuera el caso, no estaríamos aquí. El hecho de que nos experimentemos a nosotros mismos como cuerpos nos dice que las cosas no son para nada maravillosas en nuestras mentes. De esta manera entendemos que este es el milagro que abre la puerta interior para que finalmente podamos tomar otra decisión. (1.7:9-8:1) Mas éste no es el único resultado que se puede derivar de lo que has aprendido. Por mucho que te hayas esforzado por aprender la tarea que elegiste, la lección que refleja el Amor de Dios es todavía más fuerte. Y aprenderás que el Hijo de Dios es inocente, y verás otro mundo. En el mundo que resulta de la lección que afirma que el Hijo de Dios es inocente no hay miedo, la esperanza lo ilumina todo y una gran afabilidad refulge por todas partes. A estas alturas entendemos que Jesús no quiere decir esto externamente. Podríamos tener este cambio a la mentalidad-correcta mientras nos encontramos en un campo de exterminio en Auschwitz o Bosnia, o mientras morimos de cáncer. Estaríamos mirando hacia fuera a un mundo sin culpa porque estaríamos viendo a través de la visión sin culpa de la mente. Esto hace que el mundo físico sea irrelevante para la visión ya que la percepción es interpretación, no un hecho (por ejemplo, M-17.4:1-2). Lo único que importa es seguir el camino del milagro desde la ausencia de la mente hasta la plenitud de la mente para que podamos elegir la verdadera inocencia del

Hijo en lugar de su presunta culpa. Una vez que la vemos claramente, la
elección correcta es segura, porque ¿qué puede ser más fuerte que la
verdad?

(I.8:2-3) No hay nada en él que no te invite amorosamente a ser su
amigo y a que le permitas unirse a ti. Ni una sola llamada deja jamás
de oírse, se interpreta erróneamente o se queda sin contestar en el
mismo lenguaje en que se hizo.

Aunque nuestros ojos puedan ver la misma crueldad, sufrimiento y
muerte

que antes, la mente sanada, a través de nuestro Maestro, reinterpreta
los

ataques como expresiones de miedo – pidiendo el amor que ha sido
negado

y que cree que nunca volverá. Esta suave llamada se escucha, incluso
cuando tiene la forma de un asesino enloquecido, de un dictador
maníaco, o

de un niño pequeño aterrorizado.

(I.8:4-5) Y entenderás que ésta es la llamada que todos los seres y
todas

las cosas en el mundo siempre habían hecho, pero que tú no habías
percibido como tal. Y ahora te das cuenta de que estabas equivocado.
Nada ha cambiado afuera. La mente simplemente ha elegido de nuevo.
Es

nuestro aprendizaje lo que es diferente, y no podemos reconocer esto
ni

siquiera como una posibilidad si no sabemos que tenemos una mente.
Y

entonces nosotros necesitamos un Maestro que reinterprete el mundo
para

nosotros, a través del "camino real" del milagro que nos lleva dentro,
de

modo que podemos ver lo externo como una proyección de la decisión
de la

mente. Luego caminamos por el mismo mundo que antes, "al cual
criaturas

hambrientas y sedientas vienen a morir" (L-pII.13.5:1), pero
escuchamos

las llamadas desesperadas en busca de ayuda en todo lo que vemos.
Todos

aquí están entristecidos por la desesperanza de la existencia, sin posibilidad de volver a casa ni de creer que hay un lugar al que volver. Muy simplemente, entonces, nuestro propósito de mentalidad-correcta es aprender a escuchar ese llamado en todas las personas, sin que nadie quede excluido.

(I.8:6-8) Te habías dejado engañar por las formas que ocultaban la llamada. Por lo tanto, no la podías oír, y así, perdiste un amigo que siempre quiso ser parte de ti. La eterna y queda llamada de cada aspecto de la creación de Dios a la totalidad se oye por todo el mundo a

la que esta otra lección de lugar.

Esta es la esencia de vivir en el mundo real en el que sabemos que el mundo

es un sueño, comprendiendo que su contenido no es el odio sino el miedo a

perder nuestro yo especial. Nos aferramos a esta identidad, creyendo que es

lo que somos, y al mismo tiempo estamos aterrorizados de que nos sea

arrebatada tal como se la arrebatamos a Dios. Mientras que algunos expresan este miedo de formas socialmente aceptables, otros lo hacen de

formas manifiestamente inaceptables, la llamada sigue siendo la misma a

pesar de sus formas dispares y engañosas. Nuestra curada respuesta es

siempre una: el amor diciéndole al amor que simplemente sea él mismo.

(I.9) No hay ninguna cosa viviente que no comparta la Voluntad universal de que goce de plenitud y de que tú no seas sordo a su llamada. Sin tu respuesta esta llamada se deja morir, de la misma manera en que se la salva de la muerte cuando tú oyes en ella la llamada ancestral a la vida y comprendes que es tu propia llamada. El Cristo en ti recuerda a Dios con la misma certeza con que él conoce Su Amor. Pero Dios sólo puede ser Amor si Su Hijo es inocente. Pues ciertamente sería miedo, si aquel a quien Él creó inocente pudiera ser esclavo de la culpabilidad. El Hijo perfecto de Dios recuerda su

creación. Pero en su culpabilidad se ha olvidado de lo que realmente es.

¿Quién, conociendo sus consecuencias, elegiría alguna vez otra cosa que no

fuera el recuerdo del inocente Hijo de Dios? Siendo una, la Filiación no se

puede fragmentar en partes culpables e inocentes: si un miembro de la Filiación es culpable, todos somos culpables; si realmente vemos la inocencia de Cristo en uno, todos deben compartir Su inocencia. La culpa y

el miedo son la atracción enfermiza del ego por la pequeñez, tal como el

perdón es la llamada que nos atrae a nuestro hogar en el perfecto amor.

(I.10) El temor a Dios es el resultado ineludible de la lección que afirma que Su Hijo es culpable, de la misma manera en que el Amor de Dios no puede sino reconocerse cuando el Hijo reconoce su inocencia. Pues el

odio no puede sino engendrar temor y considerar a su padre igual que a él mismo. ¡Cuán equivocado estás tú que no oyes la llamada cuyo eco

resuena más allá de cada aparente invocación a la muerte, la llamada cuyo canto se oye tras cada ataque asesino, suplicando que el amor restaure el mundo moribundo! No comprendes Quien es el que te llama

tras cada manifestación de odio, tras cada incitación a la pugna. Pero lo

reconocerás cuando le contestes en el mismo lenguaje en que Él te llama. Él aparecerá cuando le hayas contestado, y por Él sabrás que Dios es Amor.

Ésta es nuestra elección: el sistema de pensamiento del ego de la culpa, el

miedo y el odio; o la Expiación del Espíritu Santo que presagia el fin de la

muerte y nuestro regreso a la vida eterna. Decidirnos por el último significa

que vemos a través de la visión de Cristo, reconociendo en cada expresión

de odio el ferviente llamado a que se nos demuestre que estamos

equivocados: "Por favor muéstrame que hay otra elección que mi mente puede hacer para liberarme del odioso infierno que he hecho". Estando en la mentalidad-correcta, respondemos con una suave indefensión que refleja la elección disponible para todos los Hijos de Dios de recordar el amor con el que Dios nos creó como Él Mismo.

(I.11:1) ¿Qué es la tentación, sino el deseo de tomar una decisión errónea con respecto a lo que quieres aprender, y obtener un resultado que no desees?

Aquí de nuevo está el tema de la tentación de escuchar la voz equivocada, con las horrendas y dolorosas consecuencias que eventualmente nos obligan

a elegir de nuevo: un Maestro diferente con un resultado diferente.

(I.11:2-10) El reconocimiento de que ése es un estado mental indeseable

se convierte en el medio por el que se vuelve a examinar la elección, viéndose entonces que hay otro resultado más deseable. Te engañas a ti

mismo si crees que lo que quieres son desastres, desunión y dolor. No prestes oídos a esa llamada. Escucha más bien la llamada subyacente, que te exhorta a que seas feliz y a que estés en paz. Y el mundo entero te brindará paz y felicidad. ¡Pues a lo que oigas es a lo que responderás! Y ¡oh maravilla! Tu respuesta será la prueba de lo que has aprendido, y su resultado, el mundo que contemplarás.

Como siempre, Jesús confía en que nos sintamos miserables, al habernos

decidido por el ego, como motivación para que elijamos de nuevo.

Recuerda: "Tú, que eres tan partidario de la aflicción, debes reconocer en

primer lugar que eres infeliz y desdichado. El Espíritu Santo no puede enseñar sin este contraste, pues tú crees que la aflicción es felicidad"

(T14.II.1:2-3). Nuestro Maestro contrasta amorosamente nuestro dolor con Su

gozo, apelando a que reconozcamos lo que ha producido nuestra decisión

equivocada, pregun-tándonos: "Hermanos míos, ¿es esto lo que realmente quieren? Más allá de tu loco deseo de separación, está el eterno llamado de tu Padre, el cual dispone únicamente que Su Hijo regrese al lugar que nunca abandonó. ¿Cuánto tiempo más estás dispuesto a soportar el dolor de estar separado de tu única felicidad?". Necesitamos escuchar nuestro propio llamado, porque es la Llamada de nuestro Ser para recordar que somos nuestro Ser. Lo que oímos y vemos en nuestro interior es lo que oiremos y veremos afuera: la proyección [o extensión] da lugar a la percepción, y Cristo solo se ve a Sí Mismo en todo lo que mira. Regresamos a otra sección que examinamos anteriormente, "La verdadera alternativa". Jesús está enseñando que el mundo no ofrece alternativas viables, porque sus opciones siempre son entre ilusiones. La verdadera elección radica en la mente que elige entre dos sistemas de pensamiento, y solo uno de ellos es verdad: (IV.3:1-3) No hay elección posible allí donde el final es indudable. Tal vez prefieras probarlos todos, antes de que te des cuenta de que todos son lo mismo. Los caminos que el mundo ofrece parecen ser muchos, pero llegará un momento en que todo el mundo comenzará a darse cuenta de cuán parecidos son los unos de los otros. La mayoría de nosotros intentamos un camino tras otro, al menos en nuestros años de formación. Nos esforzamos poderosamente por darle sentido a nuestro mundo, viendo lo que nos funciona y lo que no. En medio de esta locura, Jesús nos informa amablemente que aquí no hay esperanza alguna, porque todo camino conduce a la muerte. Al escuchar esto, el ego no inesperadamente nos tienta con desesperación: (IV.3:4-7) Hay quienes han muerto al darse cuenta de esto porque no vieron otros caminos que los que ofrecía el mundo. Y al darse cuenta de que no conducían a ninguna parte, perdieron toda esperanza. Sin embargo, ése fue el momento en que pudieron haber aprendido la

lección más importante de todas. Todo el mundo tiene que llegar a este punto e ir más allá de él.

Todos debemos llegar al punto en que reconocemos que el mundo no ofrece nada ("El mundo que veo no me ofrece nada que yo desee" [L-pl.128]). Esta es la llave que abre nuestra mente hasta ahora cerrada al próximo paso.

Reconocer que el mundo no nos ofrece nada nos brinda la oportunidad de

darnos cuenta de que debe haber otra opción. En lugar de mirar al mundo,

miramos más allá de él a la mente tomadora de decisiones. Este ha sido el

propósito de Jesús para nosotros desde el principio, al usar una percepción

diferente de nuestras relaciones para llevarnos hacia adentro, la condición

sine qua non para regresar a casa.

(IV.3:8-10) Ciertamente es verdad que el mundo no ofrece elección alguna. Mas ésta no es la lección. La lección tiene un propósito, y con esto llegas a entender para qué es.

El propósito de aprender que el mundo no ofrece nada es devolver la decisión a su fuente correcta en la mente. De lo contrario, nos deprimiremos

sin remedio, habiendo reconocido correctamente que no hay esperanza aquí.

Si no nos damos cuenta de que hay esperanza en otra parte, el suicidio es la

única respuesta sensata a la absurda situación de nuestra existencia, conclusión a la que llega Camus en su brillante ensayo El mito de Sísifo.

Hay esperanza, y nuestro amado hermano nos lleva del mundo sin sentido a

la mente tomadora de decisiones que es el hogar de la elección significativa

y la salida del infierno.

(IV.4:1-2) ¿Por qué querrías probar otro camino, otra persona u otro lugar, cuando ya te has dado cuenta de cómo comienza la lección,

aunque todavía no percibas para qué es? Su propósito es la respuesta a

la búsqueda que tienen que emprender los que todavía creen que se puede encontrar otra respuesta.

El propósito del mundo es aprender que el mundo no existe; el propósito de

buscar y nunca encontrar respuestas significativas es comprender por qué

eso no es posible en un mundo privado de esperanza. Este reconocimiento

nos lleva a comprender que la esperanza no está aquí, sino sólo en la mente

que realmente puede decidir el cambio, y llevarlo a cabo.

(IV.4:3-8) Aprende ahora, sin dejarte abatir por ello, que no hay ninguna esperanza de encontrar respuesta en el mundo. Mas no juzgues la lección que apenas acaba de comenzar con esto, ni busques ninguna otra señal en el mundo que te haga pensar que tal vez haya otro camino. Acelera tu aprendizaje ahora, y comprende que desperdicias el tiempo si no vas más allá de lo que ya has aprendido hacia lo que aún te queda por aprender. Pues desde este punto – el más

bajo – el aprendizaje te llevará a cumbres de felicidad en las que verás el propósito de la lección refulgiendo claramente, y perfectamente al alcance de tu comprensión.

Perdemos el tiempo si no avanzamos y aprendemos que de hecho hay una

mente, porque ahí es donde el aprendizaje ocurre. Los cerebros no aprenden

ya que simplemente llevan a cabo el programa que la mente les ha dado, el

cual contiene dos alternativas: el Hijo de Dios es culpable o inocente.

Eso

es todo. Esta simple lección del poder de la mente para elegir y la impotencia inherente del cuerpo son suficientes para llevarnos más allá del

mundo sombrío de la oscuridad de la culpa a la luz resplandeciente de la

verdad del Cielo.

(IV.5:1-3) ¿Quién estaría dispuesto a darle la espalda a todos los caminos del mundo, a menos que se diese cuenta de su auténtica

futilidad? ¿No es menester acaso que éste sea su punto de partida, en vez de buscar otro camino? Pues mientras vea alternativas donde no las

hay, ¿qué poder de decisión podría ejercer?

En pocas palabras, el ego no quiere que recordemos el poder de decisión de

la mente. Para asegurarse de que nunca lo recordemos, fabricó un cuerpo

sin mente que se encuentra varado en un mundo, sin que tengamos recursos

excepto para adaptarnos a su sombría realidad del pecado, la culpa y el

miedo con el fin de sobrevivir. Nosotros no podemos conocer nuestra verdadera esperanza hasta que reconozcamos la futilidad de la elección

equivocada de la mente por el ego y su mundo, el cual nunca nos traerá la

felicidad. Sin tal reconocimiento, renunciar al mundo se sentiría como un

sacrificio que resentiríamos por el resto de nuestras vidas.

(IV.5:4) Sólo cuando se aprende dónde tiene realmente utilidad ese poder puede éste ejercerse plenamente.

El poder de decisión de la mente no sirve de nada en el mundo porque no

hay nada para decidir entre: el infierno o el infierno, el asesinato o el asesinato. Ésta no es una elección. La única decisión significativa es entre

la vida y la muerte y la vida sólo se encuentra en la mente mediante la aceptación de la Expiación.

(IV.5:5) ¿Y qué poder puede tener cualquier decisión si se aplica a situaciones en las que no hay elección posible?

Vemos una vez más el propósito del ego para el mundo, porque todos pasamos años buscando la paz, la felicidad y la esperanza – todo en vano.

En este punto, como observamos más arriba, la contemplación del suicidio

es más que comprensible. No hay nada aquí, y cuando nos engañamos a

nosotros mismos pensando de otra manera, invitamos a la decepción y la

desesperación. Cuanto más rápido aprendemos que el mundo no tiene nada para nosotros, más rápidamente estaremos motivados a buscar en otra parte, diciendo: "Tiene que haber otra manera". Necesitamos vigilar nuestra resistencia a aprender lo que es tan sencillo. Aunque sabemos en el fondo de nosotros mismos que el mundo no funciona, seguimos fingiendo que sí funciona con la esperanza de que, a pesar de que el mundo nos ha fallado antes, mañana será otro día. Pero, ¿cómo puede el mundo no fallar si fue programado por la mente errada para fallar y las ideas no abandonan su fuente?

(IV.6:1-7:2) Aprender que el mundo sólo ofrece una alternativa, sea cual sea la forma en que ésta se manifieste, es el comienzo de la aceptación de que sí hay otra alternativa que es real. Oponerte a este paso es impedir el logro del propósito para el que viniste aquí, pues no viniste a aprender cómo encontrar un camino que el mundo no ofrece. La búsqueda de diferentes caminos en el mundo no es más que la búsqueda de diferentes formas de verdad. Y esto es lo que hace que la verdad no se pueda alcanzar.

No pienses que puedes encontrar la felicidad siguiendo un camino que se aleja de ella. Eso no tiene sentido ni puede ser la manera de alcanzarla.

El único propósito significativo del mundo es aprender que aquí solo se puede encontrar miedo, sufrimiento y muerte. Independientemente de los engañosos marcos del especialismo, la visión de Cristo nos permite ver más

allá de las ilusorias alternativas del mundo a la verdad del pensamiento de

mentalidad-correcta. Aunque el ego fabricó el mundo moribundo para atacar a Dios y a nuestro Ser, todavía puede servir para enseñarnos la verdad: el Hijo de Dios no puede morir, "pues lo que tiene vida es inmortal"

(L-pII.13.5:4).

(IV.7:3) Tú que piensas que este curso es demasiado difícil de aprender,

déjame repetirte que para alcanzar una meta tienes que proceder en dirección a ella, no en dirección contraria.

Jesús está diciendo de nuevo que la razón por la que tenemos problemas

con su curso es que no queremos aprenderlo. No nos juzga por nuestro miedo. Simplemente nos pide que veamos la resistencia a volver a la plenitud de la mente en lugar de la ausencia de la mente.

Reconociendo

esto, no nos sentiremos culpables y, por lo tanto, no tendremos necesidad de

estar a la defensiva. Esto nos libera para ver por qué tememos sus lecciones.

El primer paso en nuestra curación, por lo tanto, es aceptar que no deseamos ser sanados.

(IV.7:4-7) Y todo camino que vaya en dirección contraria te impedirá avanzar hacia la meta que te has propuesto alcanzar. Si esto fuese difícil de entender, entonces sería imposible aprender este curso. Mas sólo en ese caso. Pues, de lo contrario, este curso es la simple enseñanza de lo obvio.

Nunca debemos olvidar la metafísica del Curso de que todo ocurre en el

nivel de la mente. Todo. Aquí no pasa nada porque aquí no hay nada. De

hecho, lo que hay en la mente dividida tampoco está aquí. Sin embargo,

antes de deshacer la ilusión de que hay un ego, primero debemos ir más allá

de la ilusión de la esperanza en el mundo, creyendo que el Espíritu Santo

nos ayudará a nosotros mismos, o incluso que Dios está presente en la materialidad. Tal creencia nos ha llevado en una dirección opuesta a la enseñanza de Jesús. El seguir el arco de la proyección en el lado izquierdo

del gráfico, que lleva de la mente al mundo, ha impedido que aprendamos

su curso, el cual nos haría seguir el arco del milagro en el lado derecho,

devolviéndonos a la mente y a nuestra salvación.

(IV.8:1-2) Hay una elección que tienes el poder de hacer una vez que

hayas visto las verdaderas alternativas. Hasta que no llegues a este punto no tendrás nada entre qué elegir, y lo único que podrás hacer es decidir cuál es la mejor forma de engañarte a ti mismo otra vez.

Muchas veces las personas se engañan a sí mismas al intentar usar Un Curso de Milagros para hacerse ellos mismos más felices en el sueño, pensando que este es el propósito de Jesús. Necesitamos recordar que su

enfoque inequívoco está en enseñar las dos alternativas entre las que nuestra

mente puede elegir: la separación del ego y la Expiación del Espíritu Santo.

(IV.8:3-4) Este curso sólo intenta enseñarte que el poder de decisión no radica en elegir entre diferentes formas de lo que aún sigue siendo la misma ilusión y el mismo error. Todas las alternativas que el mundo ofrece se basan en esto: que eliges entre tu hermano y tú; que tú ganas

en la misma medida en que él pierde y que lo que tú pierdes es lo que se

le da a él.

Vuelve el tema del sacrificio: yo gano, tú pierdes. Nuestras opciones aquí –

en relaciones, negocios, política, etc. – tienen que ver con maximizar la ganancia y minimizar la pérdida, siempre a expensas de otros. Este juego de

suma-cero del ego virtualmente destruye el único significado verdadero del

mundo, que es aprender que todos ganamos o todos perdemos: juntos o no

en absoluto.

(IV.8:5) ¡Cuán profundamente opuesto a la verdad es esto, toda vez que

el único propósito de la lección es enseñarte que lo que tu hermano pierde, tú lo pierdes también, y que lo que él gana es lo que se te da a ti!

Esta es la roca sobre la que descansa la salvación (T-25.VII.12). Como somos iguales, no diferentes, compartimos los dos sistemas de pensamiento

de separación y Expiación. Además, dado que la proyección da lugar a la

percepción, si vemos a otros como culpables, debemos habernos visto a nosotros mismos de esa manera; pero si vemos su inocencia este debe ser también nuestro concepto de nosotros mismos. A lo largo del movimiento final de su sinfonía, nuestro compositor cristaliza el enfoque de su programa de estudios: el aprendizaje ocurre solo en la mente, con uno de dos maestros; y de los dos, solo uno está cuerdo.

Estos tres párrafos siguientes se basan en el tema "Él no ha abandonado Sus Pensamientos". Cierran esta sección del texto y expresan bellamente el

corazón de la Expiación: la separación de Dios es una ilusión porque las

Ideas no abandonan su Fuente y, como corolario, Su Fuente no las ha abandonado a Ellas. Esta santa idea deshace el pensamiento del ego que nos

llevó a un mundo de futilidad y muerte. Su belleza inspiradora nos acompaña mientras caminamos gentilmente con Jesús el único camino, el

camino del perdón, el cual nos lleva casa. Este pasaje extenso es un resumen conmovedor de todo lo que hemos estado considerando, y no

necesita palabras adicionales de mi parte:

(IV.9-11) ¡Él no ha abandonado Sus Pensamientos! Pero tú olvidaste Su Presencia y no recordaste Su Amor. No hay senda en el mundo que te pueda conducir a Él, ni objetivo mundano que pueda ser uno con el Suyo. ¿Qué camino puede haber en todo el mundo – excepto si la jornada no es más que un errante vagar – que te pueda llevar hasta tu interior cuando todos fueron concebidos para separar a la jornada del propósito que debe tener? Todos los caminos que te alejan de lo que eres te conducen a la confusión y a la desesperanza. Sin embargo, Él nunca dejó Sus Pensamientos a merced de la muerte sin que su Fuente estuviese eternamente en ellos.

¡Él no ha abandonado Sus Pensamientos! Y así como Él no podría separarse de ellos, ellos no pueden excluirlo a Él de sí mismos. Moran unidos a Él, y en Su Unicidad Ambos se conservan intactos. No hay camino que pueda alejarte de Él, ni jornada que pueda llevarte más

allá de ti mismo. ¡Qué absurdo y descabellado es pensar que debe haber un camino con semejante objetivo! ¿Adónde podría conducir? ¿Y cómo se te podría obligar a recorrerlo sin que tu propia realidad te acompañase?

Perdónate a ti mismo tu locura, y olvídate de todas las jornadas fútiles y de todas las metas sin objetivo. No significan nada. No puedes dejar de ser lo que eres. Pues Dios es misericordioso, y no permitió que Su Hijo lo abandonara. Siéntete agradecido por lo que Él es, pues en ello reside tu escapatoria de la locura y de la muerte. No puedes estar en ningún lugar, excepto donde Él está. Y no hay camino que no conduzca a Él.

Pasamos ahora al tema de nuestra única elección real. Esta ni siquiera es

una verdadera elección, ya que es la decisión entre la verdad y la ilusión:

(VI.1) O bien ves la carne o bien reconoces el espíritu. En esto no hay términos medios. Si uno de ellos es real, el otro no puede sino ser falso,

pues lo que es real niega a su opuesto. La visión no ofrece otra opción que ésta. Lo que decides al respecto determina todo lo que ves y crees que es real, así como todo lo que consideras que es verdad. De esta elección depende todo tu mundo, pues mediante ella estableces en tu propio sistema de creencias lo que eres: carne o espíritu. Si eliges ser carne jamás podrás escaparte del cuerpo al verlo como tu realidad, pues tu decisión reflejará que eso es lo que quieres. Pero si eliges el espíritu, el Cielo mismo se inclinará para tocar tus ojos y bendecir tu santa visión a fin de que no veas más el mundo de la carne, salvo para sanar, consolar y bendecir.

Debido a que el espíritu y la carne no pueden coexistir, el Verbo no puede

hacerse carne (T-8.VII.7:1-3). Su estado mutuamente excluyente significa

que no puede haber una interfaz entre el espíritu y el ego, ni entre el Cielo y

el mundo. A pesar de las descaradas mentiras del ego, la separación que

hacemos real en nuestras mentes se convierte en el mundo de la separación

que hacemos real para nuestros cuerpos. Sin embargo, la simplicidad de la

elección permanece: la consoladora curación del Cielo o la futilidad de la

existencia en un putrescente cuerpo, condenado a morir.

(VI.2:1-3) La salvación es un deshacer. Si eliges ver el cuerpo, ves un mundo de separación, de cosas inconexas y de sucesos que no tienen ningún sentido. Alguien aparece y luego desaparece al morir; otro es condenado al sufrimiento y a la pérdida.

Si hacemos que el ego sea real, lo anterior es lo que veremos: el ciclo aparentemente interminable de nacimiento, vida y muerte. Sin embargo, el

mundo desesperanzado de dolor y desesperación del ego se deshace fácilmente con el milagro de salvación, el cual aguarda nuestra elección.

(VI.2:4-7) Y nadie es exactamente como era un instante antes ni será el

mismo un instante después. ¿Qué confianza se puede tener ahí donde se

percibe tanto cambio? ¿Y que valía puede tener quien no es más que polvo? La salvación es el proceso que deshace todo esto. Pues la constancia es lo que ven aquellos cuyos ojos la salvación ha liberado de

tener que contemplar el costo que supone conservar la culpabilidad, ya que en lugar de ello eligieron abandonarla.

Reafirmando esto, la salvación no hace nada más que deshacer nuestra

elección del sistema de pensa-miento del ego, iluminando su oscuridad con

la inmutable verdad de la Expiación: el Hijo de Dios permanece tal como Él

lo creó. Nuestras percepciones de los demás deben permanecer constantes,

porque se basan en la visión del Espíritu Santo de un objetivo común que

refleja la Unidad perfecta e inmutable del Cielo.

(VI.3:1) La salvación no te pide que contemples el espíritu y no percibas el cuerpo.

Esta importante declaración destaca los pequeños pasos que Dios nos pide

para que podamos llegar hasta Él (L-pl.193.13:7). No pasamos de las

pesadillas a la realidad, ni del odio al amor. Solo se nos pide que tengamos la voluntad de dar los pasos intermedios del perdón. La salvación nos pide que entendamos que el cuerpo no es nuestra realidad, y aunque esta percepción es nuestra única elección significativa, no es una que debamos hacer de inmediato. Recuerda que el milagro no nos despierta del sueño, sino que solo establece que estamos soñando (T-28.II.7:1). Nos recuerda los felices sueños de corrección que podemos elegir, de intereses compartidos en lugar de separados, sin tener que abrir los ojos antes de estar listos. (VI.3:3-7) Pues puedes ver el cuerpo sin ayuda, pero no sabes cómo contemplar otro mundo aparte de él. Tu mundo es lo que la salvación habrá de deshacer, permitiéndote así ver otro que tus ojos jamás habrían podido encontrar. Cómo va a lograrse eso no es algo que deba preocuparte. No comprendes cómo apareció ante ti lo que ves, pues si lo comprendieses, desaparecería. Aquí nuevamente escuchamos a Jesús diciéndonos: "No puedes comprender cómo funciona la salvación porque no conoces el espíritu, y mucho menos la mente. Sin embargo, puedo enseñarte cómo y por qué perdonar a tu hermano, y que lo que ves afuera es una proyección de lo que primero hiciste real adentro. Además, estoy enseñándote a ver que todos comparten la misma necesidad y propósito". Si eligiésemos aprender las sencillas lecciones de perdón de Jesús, la salvación vendría fácilmente a nuestra mente y entraríamos el mundo real de paz y alegría. (VI.3:8) El velo de la ignorancia está corrido igualmente sobre lo bueno que sobre lo malo, y se tiene que traspasar para que ambas cosas puedan desaparecer a fin de que la percepción no encuentre ningún lugar donde ocultarse.

El sistema de pensamiento del ego es dualista, formado por el bien y el mal.

Ocultamos el mal de nuestro ser tomador de decisiones y luego lo proyectamos sobre los demás, dejándonos con la ilusión de que somos buenos. Un Curso de Milagros nos presenta los medios para ir más allá de

estas percepciones erróneas hacia el conocimiento, más allá tanto del bien

como del mal para descansar en Dios.

(VI.3:9-11) ¿Cómo se puede hacer esto? No se puede hacer en absoluto.

Pues ¿qué podría aún quedar por hacer en el universo que Dios creó? Todo lo que se hace es desaprender las mentiras del ego, aceptando así la

verdad de nuestro Ser. Ya que nada fue alguna vez hecho para necesitar

corrección, ¿qué se puede hacer? Dios, Su Espíritu Santo y Jesús no hacen

nada, pero Su amorosa Presencia en nuestras mentes representa la Alternativa, recordán-donos que podemos elegir de nuevo.

(VI.4) Sólo la arrogancia podría hacerte pensar que tienes que allanar el camino que conduce al Cielo. Se te han proporcionado los medios para que puedas ver el mundo que reemplazará al que tú inventaste.

¡Hágase tu voluntad! Esto es verdad para siempre tanto en el Cielo como en la tierra, independientemente de dónde creas estar o de lo que

creas que la verdad acerca de ti mismo debe realmente ser.

Independientemente también de lo que contemples, y de lo que elijas sentir, pensar o desear. Pues Dios Mismo ha dicho: “Hágase tu voluntad”. Y consecuentemente, se hace.

El párrafo anterior prefigura la Lección 189, que reafirma este tema y termina con una hermosa oración a Dios (L-pl.189.8-10). Mientras que la

arrogancia del ego pensaría que conoce el problema y la respuesta, nuestra

humildad simplemente pide que le digan cuáles son. Esto permite que los

deseos del ego se transmuten en la voluntad de perdón de la mente-correcta,

que a su vez se disuelve en la Voluntad de Dios. Hasta ese momento, el amor simplemente espera, sin verse afectado por los caprichos de la ilusión que no pueden cambiar la realidad de nuestro Ser, el Hijo del Cielo se ha establecido como el Cristo de Dios.

(VI.5) Tú que crees que puedes ver al Hijo de Dios como quisieras que fuese, no olvides que ningún concepto que abrigues de ti mismo puede oponerse a la verdad de lo que eres. Erradicar la verdad es imposible. Pero cambiar de conceptos no es difícil. Una sola visión que se vea claramente y que no se ajuste a la imagen que antes se percibía, hará que el mundo sea diferente para aquellos ojos que hayan aprendido a ver porque el concepto del yo habrá cambiado.

Este es el tema de la Expiación una vez más. Independientemente de los

conceptos que tengamos sobre nosotros mismos o sobre otros - alternando

entre pecadores e "inocentes" - la verdad acerca de nosotros no se puede

cambiar. Ya que las ilusiones son muy inestables, no puede ser difícil cambiar los conceptos de culpa a los de verdadera inocencia, de los intereses separados a los compartidos. La ilusión de mentalidad-correcta de

un ser perdonador entonces da paso al recuerdo de nuestro Ser, y la visión

desaparece en el conocimiento de Dios.

(VI.6) ¿Eres invulnerable? Entonces el mundo te parece un lugar inofensivo. ¿Perdonas? Entonces el mundo es misericordioso, pues le has perdonado sus ofensas, de modo que te contempla tal como tú lo contemplas a él. ¿Eres un cuerpo? Entonces ves en cada hermano un traidor, listo para matar. ¿Eres espíritu, inmortal y sin la más mínima posibilidad de corrupción ni mancha alguna de pecado sobre ti? Entonces ves estabilidad en el mundo, pues ahora es absolutamente digno de toda tu confianza: un lugar feliz en donde descansar por un tiempo, en donde no hay nada que temer, sino sólo amar. ¿Le negarían los puros de corazón la bienvenida a alguien? ¿Y qué podría herir a los que son verdaderamente inocentes?

La salvación depende de nuestra decisión: ¿elegimos ver un mundo perdonado en el que los Hijos de Dios son bendecidos como uno, o un

mundo de cuerpos separados en el que la única decisión es a quién matar –
a nosotros mismos o los demás – y cuándo. La vulnerabilidad impulsada por la culpa que vemos dentro da lugar a un mundo de peligro y muerte, mientras que aceptar la invulnerabilidad del inocente Hijo de Dios engendra un mundo de aprendizaje en el que nuestras mentes agradecidas abrazan con gozo las lecciones de amor del Espíritu Santo, y ellas felizmente nos llevan a casa.

(VI.7) ¡Hágase tu voluntad, santa criatura de Dios! No importa si crees estar en el Cielo o en la tierra. Lo que la Voluntad de tu Padre ha dispuesto para ti jamás ha de cambiar. La verdad en ti permanece tan radiante como una estrella, tan pura como la luz, tan inocente como el amor mismo. Y tú eres digno de que se haga tu voluntad.

Esta hermosa expresión de la Expiación refuerza el fin de la culpa y el recuerdo de nuestro Ser: inocente, radiante en la luz del Cielo e impermeable a los pensamientos delirantes del pecado y la muerte.

(VII.14:1) Así pues, mantente alerta contra la tentación, recordando que no es más que un deseo demente e insensato de convertirte en algo que no eres.

La tentación no tiene nada que ver con lo que hace el cuerpo, ya que solo

ocurre en la mente: la tentación de escuchar al ego en lugar de a Jesús, al

ser en lugar del Ser, y fabricar un cuerpo para albergar este pobre autoconcepto de pecado.

(VII.14:2-3) Y piensa también en esa cosa que querrías ser en cambio. Pues de lo que esa cosa se compone es de locura, de dolor y muerte; de

traición y de profunda desesperación, así como de sueños fallidos y de haber perdido toda esperanza, salvo la de morir, para así poner fin al sueño del miedo.

Esto es lo que estamos tentados a creer sobre nosotros mismos. El loco símbolo de la nada que es el yo que creemos que es tan grandioso y glorioso

- una parodia del Ser verdaderamente grandioso y glorioso que Dios creó,
nuestra Identidad eterna como Cristo.
(VII.14:4-5) Eso es todo lo que es la tentación; nada más. ¿Cómo iba a ser difícil elegir contra ello?
Jesús nos pide una vez más que consideremos qué es tan difícil con respecto
a sus peticiones. Mientras tememos perder nuestro yo especial, el terror que
sentimos no es que Dios se abalanzara y nos destruyera. Más bien, es que
"saltaríamos" y lo abrazaríamos, desapareciendo para siempre en Su Corazón (L-pil.14.5:5) dejando nuestro querido yo en ninguna parte.
Jesús
no está enseñando esto. Su amor reconfortante nos conduce
pacientemente
de las pesadillas a los sueños felices, en los que no pasamos del yo al
yo
libre de ego. En cambio, damos sus suaves pasos de cambiar un yo de
mentalidad-errada por uno de mentalidad-correcta. Este es el proceso
al que
regresaremos en el presente, el cual nos guía a través de los diversos
autoconceptos del sistema de pensamiento del ego a la Corrección del
Espíritu
Santo. En Sus auto-conceptos, por un tiempo retenemos un yo
individual,
pero uno que se vuelve menos iracundo, crítico y deprimido y, en
consecuencia, más alegre, pacífico y dichoso.
(VII.14:6-9) Examina lo que es la tentación y reconoce cuáles son las
verdaderas alternativas entre las que eliges. Pues sólo hay dos. Las
alternativas son el infierno o el Cielo, y de éstas, sólo puedes elegir
una.
Con minucioso detalle, Jesús ha explicado repetidamente la diferencia
entre
el infierno y el Cielo: el primero es la separación, el especialismo y la
exclusión (uno u otro); el último se refleja en la igualdad inherente de
nuestras mentes divididas, compartiendo el interés común de caminar
por el
sendero del perdón el cual nos llevará a casa (juntos, o no en
absoluto).

Concluimos esta sección con la primera parte de "Elige de nuevo": (VIII.1:1-3) La lección que la tentación siempre quiere enseñar, en cualquier forma en que se presente e independientemente de donde ocurra, es ésta: quiere persuadir al Hijo de Dios de que él es un cuerpo, nacido dentro de lo que no puede sino morir, incapaz de librarse de su flaqueza y condenado a lo que el cuerpo le ordene sentir. El cuerpo fija los límites de lo que el Hijo de Dios puede hacer. El poder del cuerpo es la única fuerza de la que el Hijo de Dios dispone y el dominio de este no

puede exceder el reducido alcance del cuerpo.

Jesús vuelve constantemente al importante tema de la nada inherente del

cuerpo. A pesar de nuestra experiencia, el cuerpo no es una prisión de limitación, aunque lo hayamos soñado así. Como la mente tomadora de

decisiones es el verdadero carcelero, la tentación de vernos a nosotros mismos como cuerpos (la encarnación del ego) nos hace olvidar que somos

niños de la Vida Eterna, cuya fortaleza es la nuestra. Jesús continúa haciéndonos esta pregunta vital:

(VIII.1:4-6) ¿Querrías seguir siendo eso, si Cristo se te apareciese en toda Su gloria, pidiéndote solamente esto?

Elige de nuevo si quieres ocupar el lugar que te corresponde entre los salvadores del mundo, o si prefieres quedarte en el infierno y mantener a tus hermanos allí.

Él ha venido, y esto es lo que te está pidiendo.

Esta es una referencia a "Pues Ellos han llegado" (T-26.IX) y es la única pregunta significativa que se debe hacer. Esta se ha planteado desde el

principio, pero fabricamos un mundo de tiempo y espacio ("una hazaña de

aprendizaje gigantesca") para ahogarla. Es la expectativa de Jesús que como

hemos llegado tan lejos en el viaje con su curso, dedicando mucho tiempo y

esfuerzo a aprenderlo, abramos nuestras mentes en bienvenida a su curativa

voz de corrección y a compartirla con nuestros hermanos. Así deshacemos

la creencia de la Filiación en el infierno, reemplazándola suavemente con el Amor del Cielo.

(VIII.2) ¿Cómo se lleva a cabo esta elección? ¡Qué fácil de explicar es esto! Siempre eliges entre tu debilidad y la fortaleza de Cristo en ti. Y lo que eliges es lo que crees que es real. Sólo con que te negases a dejar

que la debilidad guiase tus actos, dejarías de otorgarle poder. Y la luz de Cristo en ti estaría entonces a cargo de todo cuanto hicieses. Pues habrías llevado tu debilidad ante Él, y, a cambio de ella, Él te habría dado Su fortaleza.

Esta es otra variación del tema de la elección del maestro adecuado. La

decisión en favor del Espíritu Santo es la decisión por la fortaleza de la inocencia, mientras que la decisión por el ego abraza la debilidad de habernos separado del amor, prefiriendo la culpa. Sin embargo, el único

poder en la debilidad es el que nuestras mentes le dan. Llevar la elección

equivocada a nuestra verdadera fortaleza deshace el error, liberando la

mente al amor que es nuestro estado natural y fuente de verdadero poder.

(VIII.3:1-2) Las pruebas por las que pasas no son más que lecciones que aún no has aprendido que vuelven a presentarse de nuevo a fin de que donde antes hiciste una elección errónea, puedas ahora hacer una mejor y escaparte así del dolor que te ocasionó lo que elegiste previamente. En toda dificultad, disgusto o confusión, Cristo te llama y te dice con ternura: “Hermano mío, elige de nuevo”.

Este es el único propósito que debemos tener en mente desde el momento

en que nos despertamos hasta el momento en que nos vamos a dormir, día

tras día, porque ahora entendemos que todo lo que sucede en nuestras vidas

nos presenta una posibilidad de volver a elegir. No importa si juzgamos algo como bueno o malo – una relación, trabajo, inversión comercial, informe de laboratorio o evento mundial – los resultados mundanos no pueden afectar nuestra paz interior. Si estamos en la mentalidad-correcta,

escucharemos en todas las situaciones la suave y gentil Voz que nos dice:

"Hermano mío, elige de nuevo". Esto es lo que Jesús nos pide que llevemos

con nosotros cuando completemos su curso, pasando el resto de nuestros

días aprendiendo lo que su sabiduría nos ha enseñado. Adquirir su visión,

en consecuencia, debería ser nuestro único propósito para permanecer aquí.

Esto significa que nada en el mundo tiene significado en sí mismo.

Cualquiera que sea el propósito que pensamos que algo tiene, es simplemente el que nuestras mentes le han dado, el mensaje central de las

primeras lecciones del libro de ejercicios. El significado del ego para el mundo es este: "¿Quién tiene que ser sacrificado para satisfacer mis necesidades?" En respuesta, Jesús ha ofrecido un curso muy práctico como

corrección. Pero no significa nada si no aplicamos sus enseñanzas del perdón. Una vez más, independiente-mente de lo que ocurra, hay un toque

amoroso en nuestro hombro, diciendo: "Hermano mío, elige de nuevo. Miremos juntos la situación de manera diferente".

(VIII.3:3-7) Él no dejará sin sanar ninguna fuente de dolor, ni dejará en tu mente ninguna imagen que pueda ocultar a la verdad. Él te liberará de toda miseria a ti a quien Dios creó como un altar a la dicha. No te dejará desconsolado, ni sólo en sueños infernales, sino que liberará a tu mente de todo lo que te impide ver Su faz. Su Santidad es la tuya porque Él es el único poder que es real en ti. Su fortaleza es la tuya porque Él es el Ser que Dios creó como Su único Hijo.

La fortaleza de Cristo, reflejada en este mundo, se basa en el primer principio de los milagros. Su visión ve todos los problemas como uno, la

elección equivocada de la mente por el ego, y Su inocencia es la única respuesta a todas las formas de sufrimiento. Las ilusiones no pueden sostenerse cuando la luz de la verdad las ilumina y cada concepto del Hijo

de Dios desaparece en el resplandor del gozoso rostro de Cristo, más allá

del cual está la Santidad que Dios creó como Su santo Hijo.

(VIII.4:1-3) Las imágenes que fabricas no pueden prevalecer contra lo que Dios Mismo quiere que seas. Por lo tanto, jamás tengas miedo de la tentación, sino reconócela como lo que es: una oportunidad más para elegir de nuevo y dejar que la fortaleza de Cristo impere en toda circunstancia y lugar donde habías erigido una imagen de ti mismo. Pues lo que parece ocultar a la faz de Cristo es impotente ante Su majestad y desaparece ante Su santa presencia. No importa lo que las crueldades del mundo nos hagan a nosotros o a nuestros seres queridos, no podrían afectarnos a menos que elijamos la debilidad del ego en lugar de la fortaleza de Cristo. Las palabras de Jesús nos ayudan a recordar que el mundo de los sueños es impotente en sí mismo: "No importa cuán odiosas y cuán depravadas sean [las figuras del sueño], no podrían tener efectos sobre ti a no ser que no te dices cuenta de que se trata tan sólo de tu propio sueño" (T-27.VIII.10:6). Como en tantos lugares, Jesús nos está diciendo que no nos sintamos culpables si elegimos las imágenes de especialismo en mal estado del ego en lugar de nuestro Ser. En cambio, deberíamos simplemente ver nuestro error como una oportunidad más para elegir de nuevo. Esto es lo que quiso decir al instarnos, "No luches contra ti mismo" (T-30.I.1:7), y antes: "... confía implícitamente en tu buena voluntad, independientemente de lo que pueda presentarse. Concéntrate solo en ella, y no dejes que el hecho de que esté rodeada de sombras te perturbe. Ésa es la razón por la que viniste" (T18.IV.2:3-5). Escuchamos a nuestro hermano mayor decirnos amorosamente: "Viniste aquí porque abrazaste un sistema de pensamiento que te persigue y controla todo lo que haces. No dejes que esto te moleste, ni pienses que no puedes

aprender este curso lo suficientemente rápido. Ve tus fallas percibidas como peticiones de ayuda que te permiten elegir de nuevo, el perdón en lugar del juicio, y sabrás que mi amor está apoyando tu aprendizaje". Su voz amable y autoritaria es un maravilloso ejemplo de la fuerza del Amor de Cristo, tan fuerte que el poder del mundo se disuelve en la suave dulzura de Su Presencia.

(VIII.4:4-5) Los salvadores del mundo que ven tal como Él ve, son sencillamente los que eligen la fortaleza de Cristo en lugar de su propia debilidad, la cual se ve como algo aparte de Él. Ellos redimirán al mundo, pues están unidos en el poder de la Voluntad de Dios. Nuestro haber elegido la fortaleza de Cristo para nosotros, debe extenderse a todo el mundo porque el reflejo de la Unicidad de la Voluntad de Dios es la unidad de la Filiación fragmentada: una necesidad, un propósito; una curación, un ser.

(VIII.5:1-4) Aprende, pues, el feliz hábito de responder a toda tentación de percibirte a ti mismo débil y afligido con estas palabras: Soy tal como Dios me creó. Su Hijo no puede sufrir. Y yo soy Su Hijo.

Jesús quiere que contrastemos esta afirmación con la imagen mezquina que hemos hecho de nosotros mismos. Estas palabras asumen una importancia central en el programa de estudios de un año del libro de ejercicios, lo que nos ayuda a reemplazar el concepto de un ser de debilidad y vulnerabilidad con un concepto de un ser fuerte y alegre que recuerda el poder de decisión de la mente.

(VIII.5:5-7) De este modo se invita a la fortaleza de Cristo a que impere y reemplace todas tus debilidades con la fuerza que procede de Dios, la cual es infalible. Y de este modo también, los milagros se vuelven algo

tan natural como el miedo y la angustia parecían serlo antes de que se eligiese la santidad. Pues con esa elección desaparecen las distinciones

falsas; las alternativas ilusorias se dejan de lado y no queda nada que interfiera en la verdad.

Protegidos por la fuerza de Cristo, vemos desaparecer nuestros problemas,

aunque no necesariamente en la forma. Es nuestra experiencia negativa de

estos problemas externos la que desaparece, porque ahora los vemos como

oportunidades para el aprendizaje: "Las pruebas por las que pasas no son

más que lecciones que aún no has aprendido ..." Mientras todos aprendimos

la lección de que el mundo existe para satisfacer nuestras necesidades especiales, reconocemos por fin que el sufrimiento fue causado por nuestra

incapacidad para desaprender esa lección, después de haberla aprendido

muy bien. Cambiar de maestro nos ha permitido que se nos enseñe el significado del milagro, dentro del cual el mundo se convierte en un aula en

la que el espíritu nos enseña que somos iguales, que tenemos una mente

dividida. Y entonces todos caminamos juntos el camino desde la debilidad a

la fuerza, desde el infierno al Cielo que es nuestro Ser.

(VIII.6:1) Tú eres tal como Dios te creó, al igual como también lo es toda cosa viviente que contemplas, independientemente de las imágenes

que veas.

La frase "cosa viviente" ha aparecido muchas veces en el texto, y también

en el libro de ejercicios, y requiere un breve comentario en dos niveles. El

primero es que como aquí no hay nada vivo, Jesús está hablando para nosotros en el nivel de nuestra experiencia, que es que las cosas aquí están

vivas. Nos dice que debemos incluir todo lo que percibimos aquí a través de los ojos del perdón y no excluir a nadie. En un nivel más profundo, la frase es un oxímoron, porque todas las cosas aquí están no vivas. Jesús explica el mundo real de manera similar, ya que el mundo no es real. Sin embargo, el estado mental conocido como el mundo real refleja la realidad del Cielo en la que no se pueden hacer distinciones, porque la separación y el especialismo no pueden existir en la perfecta unidad. Como resultado, dado que todo aquí es una "cosa" - animada o inanimada - toda la materia es un fragmento proyectado del único Hijo de Dios que creyó que se había separado, y luego decidió negar la vida que se refleja en el principio de Expiación de la mente correcta. Hemos visto antes que Jesús se refiere hasta el más pequeño grano de arena como parte del Hijo de Dios (T-28.IV.9:4). En ese sentido, un grano de arena es una "cosa viviente" también. Como no hay vida en el mundo, las distinciones entre vida y no vida son espurio, siendo la única distinción significativa entre los pensamientos de la mente sobre la muerte y la vida, la separación y la Expiación. Es por eso que Jesús enfatiza que debemos incluir a todos en nuestra visión. Excluir un objeto de nuestras proyecciones de la Filiación significa que hemos excluido a todos, "vivos" y "no vivos" por igual, lo que nos incluye a nosotros mismos e incluso a aquellos en el mundo real, como Jesús. (VIII.6:2) Lo que percibes como enfermedad, dolor, debilidad, sufrimiento y pérdida, no es más que la tentación de percibirte a ti mismo indefenso y en el infierno. Estamos "indefensos y en el infierno" porque hicimos real el error de separación, afirmando que hay una jerarquía de ilusiones: por ejemplo,

cuerpos enfermos y sanos. El problema nunca es la forma que nos lleva al infierno del ego, sino que hemos elegido el ego en primer lugar. El problema y la solución descansan juntos dentro la mente tomadora de decisiones, apartada por el ego.

(VIII.6:3) No sucumbas a esta tentación, y verás desaparecer toda clase

de dolor, no importa dónde se presente, en forma similar a como el sol disipa la neblina.

El sol brilla con su luz y su calor, y la neblina de la mañana desaparece.

Hacemos brillar la cálida luz del Amor de Dios en nuestras percepciones y

el mundo del ego desaparece. Todo lo que se requiere para que este feliz

hecho alboroee en nuestras mentes es que reconozcamos la tentación de optar

por ella. Luego compartimos la sonrisa gentil de Jesús ante la estupidez de

creer que podría haber alguna cosa que quisiéramos que no fuera el Amor de Dios.

(VIII.6:4-5) Un milagro ha venido a sanar al Hijo de Dios y a cerrarle la puerta a sus sueños de debilidad, allanando así el camino hacia su salvación y liberación. Elige de nuevo lo que quieres que él sea, recordando que toda elección que hagas establecerá tu propia identidad tal como la has de ver y como creerás que es.

La forma en que percibimos a los demás es la forma en que nos percibimos

a nosotros mismos. La elección es nuestra. Dado que el tiempo ha terminado, y nunca ha existido, el milagro del perdón ya ha sucedido y espera pacientemente nuestra aceptación. ¿Hasta cuándo, pregunta Jesús,

demoraremos nuestra liberación de la culpa al ser tentados por la debilidad

del ego? La siguiente sección aborda el proceso temporal dentro del cual

aprendemos a hacer la elección final en favor de la Expiación. Proceso.

Ya hemos comentado cómo no pasamos de un mundo de conceptos

directamente al mundo en el que los conceptos no existen;
procedemos paso
a paso. Este proceso gradual de desaprendizaje se hace explícito en los
siguientes pasajes:

(V.8:3-5) Ahora el Espíritu Santo tiene que encontrar un modo de
ayudarte a comprender que el concepto de ti mismo que has forjado
tiene que ser des-hecho si es que has de gozar de paz interior. Y no se
puede desaprender, excepto por lecciones cuyo objetivo sea enseñarte
que tú eres otra cosa. Pues de lo contrario, se te estaría pidiendo que
intercambiases lo que ahora crees por la pérdida total de tu ser, lo cual
te infundiría aún mayor terror.

Los conceptos del yo que debemos deshacer son el "rostro de la
inocencia"

y el rostro del asesino que este enmascara. Una vez más, es un
deshacimiento gradual, y no debemos temer que seremos "elevados y
arrojados abruptamente a la realidad" (T-16.VI.8:1). El viaje que
emprendemos con Jesús nos saca de las pesadillas del ser de
mentalidad errada a los sueños felices del ser de mentalidad-correcta,
desde el cual

despertamos gozosamente a Cristo, nuestro verdadero Ser.

(V.9:1) Por tal razón, las lecciones del Espíritu Santo están diseñadas
de

manera que cada paso sea fácil, y aunque a veces puede producirse
cierta incomodidad y angustia, ello no afecta lo que se ha aprendido,
sino que constituye una re-interpretación de lo que parecen ser las
pruebas a su favor.

Estamos hablando de un proceso paso a paso. Como no nos
despertaremos

por la mañana sin un yo, necesitamos no tener miedo de aprender este
curso. No obstante, con el tiempo y a medida que practicamos a diario,
desarrollamos un yo que sonríe más a menudo (L-pl.155.1:2). Ya no
encontramos que las mañanas sean aterradoras y conflictivas, sino
que

estamos agradecidos de que otro día amanece como una oportu-nidad
para

nuestro aprendizaje de las valiosas lecciones del milagro que
terminarán

con nuestra miseria. Lo que cambia es la identificación del tomador de
decisiones, del ser de mentalidad-errada a uno de mentalidad-correcta.

El

momento de este cambio depende exclusivamente de nosotros.
(V.14:1-4) El concepto del yo ha sido siempre la gran preocupación del mundo. Y cada individuo cree que tiene que encontrar la solución al enigma de lo que él es. La salvación se puede considerar como el escape de todos los conceptos. No se ocupa en absoluto del contenido de la mente, sino del simple hecho de que ésta piensa. La decisión de pensar es el problema, no lo que pensamos (el significado del contenido en la oración 4). Esto no debe confundirse con el "pensar" de Dios que es simplemente creación. Jesús se refiere al pensa-miento de la mente dividida, diciéndonos que la meta de la salvación es el fin de los conceptos (es decir, del pensamiento), incluida la actividad cerebral de los mejores cerebros del mundo. Necesitamos reconocer que el propósito del ego es atacar, matar y salir impune. Elegirlo como nuestro maestro significa que el asesinato también es nuestra elección, una loca decisión que ahora felizmente deshacemos. La forma en sí misma es irrelevante para tal cambio, ya que es sólo el contenido de la mente de elegir el ego lo que necesita ser abordado. Este deshacimiento, una vez más, es un proceso gradual en el que corregimos los conceptos erróneos sobre nosotros mismos al comprender que su propósito es mantenernos en el infierno.
(V.14:5) Y aquello que puede pensar tiene alternativas entre las que elegir, y se le puede mostrar los pensamientos que conllevan diferentes consecuencias. Esto se refiere a la parte media de "El concepto del yo frente al verdadero Ser", que trataba de la parte tomadora de decisiones de la mente, la cual puede aprender a elegir identificarse con el sistema de pensa-miento del ego o el del Espíritu Santo.

(V.14:6) Así puede aprender que todo lo que piensa refleja la profunda confusión que siente con respecto a cómo fue concebida y a lo que es. De hecho, pensamos que nacimos, un evento que nos dio la vida. Sin embargo, las figuras de los sueños no viven, independientemente de su

forma. Al pedirle ayuda a nuestro Maestro para regresar a la mente donde

ocurre el aprendizaje, aprendemos a comprender la estrategia del ego y su

farsa de la vida. Esto nos permite volver a elegir: el Pensamiento de la Vida

en lugar de los pensamientos de la muerte.

(V.14:7) Y el concepto del yo vagamente parece contestar lo que no sabe.

Nuestros auto-conceptos parecen responder a la pregunta de quiénes somos,

pero no pueden saberlo porque el cerebro fue creado específicamente para

mantener oculta nuestra identidad como mentes; el cuerpo es la segunda

línea del sistema defensivo del ego, con la culpa de la mente como primera.

(V.15:1-3) No busques tu Ser en símbolos. No hay concepto que pueda representar lo que eres. ¿Qué importa que concepto aceptes mientras percibas un yo que se relaciona con el mal y que reacciona ante cosas perversas?

El Ser no solo está más allá de todos los ídolos (T-30.III) sino más allá de

los conceptos, ya que la realidad no-dualista no puede ser conceptualizada.

No importa, por ejemplo, si percibimos el mal en nosotros mismos o en otro, cuya culpa confirma nuestra bondad. De cualquier manera, establecemos la separación como real, con partes del Hijo en guerra con

otras partes, locamente "unidos" en la coexistencia de los conceptos delirantes del bien y el mal que son el núcleo del especialismo.

(V.15:4-5) Pues en tal caso, tu concepto de ti mismo seguirá desprovisto

de su significado. Y no te percatarás de que sólo te relacionas contigo mismo.

Todos en el sueño que llamamos nuestra vida, incluido el yo que experimentamos, son una parte escindida del tomador de decisiones, como en nuestros sueños nocturnos, donde cada figura es un fragmento de la mente/cerebro. Experimentamos la mentira, y Jesús nos enseña a no confiar en nuestras percepciones que hablan de un mundo exterior que nos afecta.

Nuestras mentes solo determinan cómo pensamos, sentimos y actuamos, y la mente es el único enfoque del plan de estudios del Curso. Es nuestra única esperanza.

(V.15:6-7) Ser testigo de un mundo culpable indica que el mundo ha guiado tu aprendizaje y que lo consideras tal como te consideras a ti mismo. El concepto del yo abarca todo lo que contemplas, y nada está excluido de esa percepción.

La proyección da lugar a la percepción: cuando elegimos nuestro concepto

del ser en lugar del Ser, la separación en lugar de la unidad, miramos hacia

un mundo fragmentado que está plagado de culpa y ataque, la mentira cósmica que es el infierno del ego en la tierra.

(V.16:1-2) Son muchos los conceptos de ti mismo que forjarás según progreses en tu aprendizaje. Cada uno producirá cambios que se verán reflejados en tus relaciones, conforme la percepción que tienes de ti mismo vaya cambiando.

La atención se centra ahora en el proceso mediante el cual cambiamos nuestros conceptos. Estos cambios reflejarán los cambios en nuestras mentes. A medida que cambiamos nuestra identificación de la culpa del ego

al perdón del Espíritu Santo, los conceptos que tenemos de los demás cambiarán en consecuencia. No puede no ser de esa manera, porque la

proyección da lugar a la percepción. Lo que decidimos dentro determina lo

que percibimos y experimentamos fuera – culpa o perdón, ataque o bondad.

(V.16:3-7) Y cada vez que tenga lugar un cambio se producirá en ti cierta confusión, mas siéntete agradecido de que el aprendizaje del

mundo vaya soltando la presa que había hecho en tu mente. Descansa seguro y contento en la confianza de que finalmente desaparecerá por completo y dejará a tu mente en paz. El papel de acusador se presentará en muchos sitios y de muchas maneras. Y en cada caso parecerá acusarte. Mas no temas que no vaya a ser erradicado. Estamos comenzando a desprendernos de lo que el mundo aparentemente nos había enseñado, reconociendo que fue la mente la que enseñó al mundo.

Nuestro tomador de decisiones se está volviendo cada vez más cómodo en el sistema de pensamiento de mentalidad-correcta del perdón y la curación, un resultado inevitable de elegir a Jesús como su maestro. Dado que la curación sigue siendo un proceso, todavía habrá tentaciones de ver a los demás como acusadores impulsados por la culpa, las proyecciones de nuestros propios pecados secretos y odios ocultos. Sin embargo, cuando estos pensamientos superficiales del ego son vistos con la visión de Cristo, los vemos como defensas sin sentido contra la feliz verdad de nuestra realidad.

(V.17:1) El mundo no puede hacer que aprendas estas imágenes de ti mismo a no ser que tú desees aprenderlas.

Vuelve otro tema importante, que hemos visto en muchas variaciones en

nuestra sinfonía. Podemos no aprender nada del mundo a menos que primero queramos aprenderlo. El mundo no puede enseñarnos a ser odiosos;

somos nosotros quienes buscamos responsabilizar al mundo por el odio en

nuestras mentes. Del mismo modo, el mundo no puede enseñarnos que

somos perdonados; solo nuestras mentes tomadoras de decisiones pueden

hacer eso, aceptando la Expiación.

(V.17:2) Llegará un momento en que todas desaparecerán, y te darás cuenta de que no sabes lo que eres.

Este es el final del viaje, anunciado por el final de los conceptos. El viaje comenzó al pie de la escalera con nuestro "rostro de inocencia". A medida que ascendíamos lentamente, comenzamos a comprender que esta cara era la tapadera del rostro del asesino. Nuestro viaje continuó a medida que reconocíamos cada vez más que los conceptos de culpa e inocencia, víctima y victimario, eran percepciones inventadas por las proyecciones de la creencia de la mente en el pecado. A través de este reconocimiento aprendimos el significado del perdón que sobrepasa todos los conceptos y juicios, permitiéndonos aceptar el concepto final de intereses compartidos que nos llevan a la Unidad de Cristo, nuestro verdadero Ser. (V.17:3-4) A esta mente abierta y receptiva es a la que la verdad retorna, sin impedimentos ni limitaciones. Allí donde todos los conceptos del yo han sido abandonados, la verdad se revela tal como es. Cuando elegimos seguir al ego, nos enseñamos sus conceptos. Poco a poco, liberamos nuestras mentes para desaprender las mentiras que ponemos allí y establecemos como verdaderas. Una vez más, comienza el proceso de desaprendizaje cuando nos damos cuenta de que lo que percibimos por fuera emana de lo que hemos hecho real por dentro. Esto aclara la mente para aceptar la verdad que aguarda nuestro regreso a la Mente que nunca abandonamos. (V.17:5) Cuando todo concepto haya sido cuestionado y puesto en tela de juicio, y se haya reconocido que está basado en suposiciones que se desvanecerán ante la luz, la verdad quedará entonces libre para entrar a su santuario, limpio y despejado ahora de toda culpa. Recuerda las palabras de Jesús: "Aprender este curso requiere que estés

dispuesto a cuestionar cada uno de los valores que abrigas" (T-24.in.2:1).

Cuando viajamos más allá de los conceptos, el último que necesita deshacerse y es la base del resto es que existimos en absoluto.

Entonces

desaparecerán el pecado y la culpa, y su lugar será ocupado por la gloriosa

verdad del Hijo de Dios tal como Él lo creó.

(V.17:6-9) No hay afirmación que el mundo tema oír más que ésta:

No sé lo que soy, por lo tanto, no sé lo que estoy haciendo, dónde me encuentro, ni cómo considerar al mundo o a mí mismo.

Sin embargo, con esta lección nace la salvación. Y lo Que tú eres te hablará de Sí Mismo.

Esta es la fuente de nuestro terror, porque el mundo fue creado para que

nunca desaprendamos las mentiras que recibimos del ego. Dado que este

aprendizaje ocurre en la mente, solo puede desaprenderse allí. Si estamos

sin mentes, no podemos desaprender nada, permitiendo así que las lecciones del ego de separación, culpa y muerte permanezcan dentro.

Al

identificarnos con el falso yo, nos aterroriza movernos más allá de su sistema de pensamiento de uno u otro porque creemos que no nos lleva a

ninguna parte. Para protegernos de desaparecer en el abismo de la nada, el

ego arraiga nuestra atención en el mundo que cubre la mente para que no

pueda volver a elegir. Nuestra única función significativa, entonces, es hacer espacio para la verdad del amor, abrazando las enseñanzas de perdón

de Jesús. Así desaprendemos el sistema de pensamiento de la culpa y el

ataque, liberándonos para recordar el Todo más allá de la nada, que espera

pacientemente a que corriamos nuestra decisión equivocada sobre la realidad y regresemos a casa.

La relación santa – El milagro – Visión.

Antes de llegar al Todo que está más allá incluso de los tramos superiores de la escalera, debemos alcanzar la visión de Cristo. Esto lo hacemos aprendiendo a silenciar los estridentes chillidos del ego, su mundo de los conceptos sin sentido. Comenzamos, por lo tanto, con este amoroso motivo de la quietud:

(I.12) Permanezcamos muy quedos por un instante y olvidémonos de todas las cosas que jamás hayamos aprendido, de todos los pensamientos que hayamos abrigado y de todas las ideas preconcebidas que tengamos acerca de lo que las cosas significan y de cuál es su propósito. Olvidémonos de nuestras propias ideas acerca del propósito del mundo, pues no lo sabemos. Dejemos que toda imagen que tengamos acerca de cualquier persona se desaprenda de nuestras mentes y desaparezca.

Estamos fuertemente identificados con estos conceptos, así como con nuestra creencia de que conocemos el propósito del mundo: minimizar el dolor y maximizar la alegría para que nuestras vidas y las de nuestros seres queridos sean felices. Jesús nos pide que estemos en quietud y dejemos ir estos pensamientos, los cuales recuerdan la oración de la Lección 189 donde nos pide vaciar nuestra mente de todos los conceptos, cerrando con las palabras: “Olvídate de este mundo, olvídate de este curso, y con las manos completamente vacías, ve a tu Dios” (L-pl.189.7:5). Limpiando nuestras mentes de ilusiones somos capaces de aprender las lecciones del perdón del Espíritu Santo, el único propósito y medio por excelencia para alcanzar la verdadera y duradera felicidad.

(I.13) No abrigues ningún juicio, ni seas consciente de ningún pensamiento, bueno o malo, que jamás haya cruzado tu mente con respecto a nadie. Ahora no lo conoces. Pero eres libre de conocerlo, y de conocerlo bajo una nueva luz. Ahora él renace para ti, y tú para él, sin

el pasado que lo condenó a morir, y a ti junto con él. Ahora él es tan libre para vivir como lo eres tú porque una vieja lección que se había aprendido ha desaparecido, dejando un sitio donde la verdad puede renacer.

Como se mencionó anteriormente, la palabra vieja en Un Curso de Milagros

casi siempre se puede entender como un regreso al momento ontológico en

el que elegimos el ego en lugar del Espíritu Santo, y luego corregimos nuestro error. Se refiere aquí a nuestro viejo aprendizaje del ego, el cual está

vigente, ya que el tiempo es no lineal. Desaparece cuando elegimos nacer

de nuevo en el instante santo – liberando todos los conceptos del bien y el

mal, de la inocencia y la culpa – dejando un espacio desocupado en la mente en el que la Palabra de la Expiación de Dios pueda ser escrita (por

ejemplo, L-pl.12.5), para nosotros y para toda la Filiación.

(II.1) Una vieja lección no se supera contraponiendo la nueva con la vieja. No se la subyuga para que la verdad pueda conocerse, ni se combate para que se rinda ante el atractivo de la verdad. No hay que prepararse para ninguna batalla, no hay que dedicarle tiempo, ni tampoco es necesario hacer planes para implantar lo nuevo. Una vieja batalla se está librando contra la verdad, pero la verdad no responde. ¿Quién podría ser herido en semejante batalla, a no ser que se hiriese a

sí mismo? En realidad no tiene enemigos. ¿Y podría acaso ser atacado por sueños?

Hemos escuchado a Jesús decirnos enfáticamente, respondiendo a nuestra

resistencia impulsada por el miedo: “No luches contra ti mismo”

(T30.I.1:7). Oponerse a una ilusión la hace real en nuestra experiencia, como

lo hace el sufrimiento nacido del conflicto. Sin embargo, una ilusión no puede escapar de su origen en la locura, y la verdad permanece sin irse a

ninguna parte y esperando nuestro regreso a la cordura. Por eso Jesús nos

ánima a estar indefenso en actitud – no necesariamente en comportamiento
– frente al ataque. Esto trae paz donde había ira y curación donde la guerra
había hecho estragos. Así como Jesús nos ha pedido que lo tomemos como
nuestro modelo para el aprendizaje (por ejemplo, T-6.in.2:1), podemos ver

la respuesta silenciosa de Dios a la separación como nuestro modelo último:

la verdad no responde a la ilusión; simplemente brilla más allá de las sombras de los sueños irreales.

(II.2) Repasemos nuevamente lo que parece interponerse entre la verdad de lo que eres y tú. Pues para superar este obstáculo se tienen que dar ciertos pasos. El primero es una decisión que tú tomas. Pero de

ahí en adelante, la verdad se te confiere. Tú quieres determinar lo que es verdad, y debido a tu deseo, estableces dos alternativas entre las que

elegir cada vez que crees que tienes que tomar una decisión. Ninguna de ellas es verdad, ni tampoco son diferentes entre sí. Sin embargo, tienes que examinar las dos antes de que puedas mirar más allá de ellas

a la única alternativa que sí constituye una elección diferente. Pero no la busques en los sueños que forjaste con el propósito de que esto estuviese nublado de tu conciencia.

Jesús, por supuesto, se refiere al poder de decisión de la mente. La elección

equivocada por el ego es lo que se interpone entre nosotros y el recuerdo de

nuestro Ser. Como el mundo interior de la culpa y el mundo exterior de los

cuerpos surgieron para evitar que corrigiéramos el error de la mente, nos

hemos percibido como víctimas involuntarias de un mundo en el que la única decisión significativa es entre mata o te matarán. Esto ha dejado al

asesinato como la única alternativa en el mundo de los sueños, lo que significa que no hay alternativas aparte de la muerte. Con imploración,

Jesús nos pide que miremos con él la realidad de nuestro mundo, para así

poder volver al mundo interior de la decisión y elegir de manera significativa: la vida o la muerte. De este modo se pasa por alto la ilusión y

se permite que la verdad ascienda en nuestra conciencia.

(II.3-4) Las alternativas entre las que eliges no constituyen una verdadera elección, y tan sólo dan la impresión de que se trata de una elección libre, pues en cualquier caso, el resultado será el mismo. De modo que no es realmente una elección en absoluto. El líder y el seguidor parecen desempeñar diferentes papeles, y cada uno de estos papeles parece poseer ventajas que tú no quisieras perder. En su fusión,

por lo tanto, parece haber esperanzas de satisfacción y de paz. Te ves a

ti mismo dividido entre estos dos papeles, escindido para siempre de los

dos. Y cada amigo o enemigo se convierte en un medio para salvarte de esto.

Tal vez lo llames amor, o tal vez pienses que es un asesinato que finalmente está justificado. Odias a aquel a quien asignaste el papel de líder cuando tú lo quisieras tener, y lo odias igualmente cuando él no lo asume en aquellas ocasiones en que tú quieres ser el seguidor y abandonar el liderato. Para eso fue para lo que concebiste a tu hermano, y te acostumbraste a pensar que ése era tu propósito. A menos que él sea fiel a eso, no habrá cumplido la función que tú le asignaste. Por lo tanto, merece la muerte, al no tener ningún propósito ni ninguna utilidad para ti.

Una vez más, Jesús se refiere a nuestras relaciones especiales, donde los

estados alternativos de amor y odio son realmente lo mismo, sin una elección significativa entre ellos. Una vez que vemos necesidades e intereses separados como reales, todo es igualmente irreal. Ya sea que ganemos o perdamos, lideremos o sigamos, amemos u odiamos, estamos

buscando un respiro de las guerras mentales de culpa y ataque en las que

seguramente sufriremos la muerte. Nosotros buscamos y encontramos un

castigo justificado en otros, cuyo propósito último en nuestro sueño se cumple cuando sufrimos en sus manos pecadoras. Habiendo proyectado

nuestros pecados ocultos sobre ellos, vemos allí lo que nos hemos esforzado

por evitar en nosotros mismos, su muerte es la única justicia que se puede

hacer. En ningún momento nos damos cuenta de que es nuestra propia muerte la que hemos pedido y la que recibiremos:

(II.5:1-10) ¿Y qué quiere él de ti? ¿Qué otra cosa podría querer, sino lo mismo que tú quieres de él? En esto es tan fácil elegir la vida como la muerte, pues lo que eliges para ti lo eliges para él. Le haces dos llamamientos, tal como él a ti. Estos dos llamamientos ciertamente constituyen una elección, pues de cada uno de ellos se deriva un resultado distinto. Si él acaba siendo tu líder o tu seguidor no importa, pues en cualquier caso habrás elegido la muerte. Pero sí él clama por la

muerte o por la vida, por el odio o bien por el perdón y por la ayuda, entonces el resultado no será el mismo. Si oyes el primero de esos llamamientos, te separarás de él y te perderás. Mas si oyes el segundo,

te unirás a él y en tu respuesta se halla la salvación.

De hecho, existe una diferencia entre escuchar a un hermano pedir la muerte o la vida. Mientras ambas peticiones son ilusorias, una refuerza el

sueño de la separación y el miedo, y la otra nos lleva más allá de él hacia la

salvación. Lo que queremos para otro solo puede ser lo que queremos para

nosotros. Jesús, como siempre, apela a nuestro interés propio – lo que nos

hará sentir mejor – porque solo el perdón de los demás y el de nosotros mismos nos traerá la felicidad y la paz que buscamos y realmente merecemos.

(II.5:11) La voz que oyes en él no es sino la tuya.

Si deseamos saber a qué maestro hemos elegido escuchar, solo debemos

prestar atención a cómo percibimos a los demás. Si estamos enojados, impacientes o dependientes, estas diferentes formas de especialismo nos

dicen estamos escuchando la voz equivocada, la que refuerza el especialismo de los demás. Sin embargo, hemos aprendido que también lo reforzamos en nosotros. Pedir ayuda a Jesús significa mirar a través de sus ojos a nuestras relaciones. Esto nos libera del dolor que parecían engendrar, porque la visión ve el mundo como un reflejo de una decisión que ha tomado la mente, la cual ahora podemos corregir y cambiar. (II.5:12-14) ¿Qué te pide? Escucha atentamente pues te está pidiendo lo mismo que te ha de llegar a ti, ya que lo que estás viendo es una imagen de ti mismo y lo que estás oyendo es tu propia voz expresando tus deseos. Nuestra percepción no tiene nada que ver con los demás como tales, sino solo con cómo los percibimos – la proyección da lugar a la percepción. No se puede afirmar con demasiada frecuencia que lo que percibimos en nuestro hermano revela lo que hemos percibido primero en nosotros mismos y luego lo hemos proyectado – la proyección da lugar a la percepción. (II.6:1-3) Antes de contestar, haz una pausa y piensa en lo siguiente: La respuesta que le dé a mi hermano es la que yo estoy pidiendo. Y lo que aprenda acerca de él, es lo que aprenderé acerca de mí. Es fundamental que prestemos atención a cómo reaccionamos ante los demás. ¿Somos amables o mezquinos, amorosos o crueles? Esto nos muestra lo que ha decidido nuestra mente. Si nos percibimos a nosotros mismos como amables, necesitamos discernir si esta amabilidad es porque queremos algo a cambio, o porque reconocemos que el dolor es una petición de ayuda al igual que la nuestra. Esta última demuestra noexclusividad, mientras que la primera refleja la exclusividad del especialismo. Aunque bien puede ser que nuestra respuesta sea de forma exclusiva, el

contenido de la mentalidad-correcta será de total-inclusividad porque se

basa en el reconocimiento de que el sufrimiento de una persona es el de

otra. En el mundo de la forma nadie puede responder a la petición de ayuda

de todos o responder a todas las expresiones de dolor; sin embargo, Jesús,

nuestro amoroso guía, no excluye a nadie de su compasivo interés.

Además,

si alguien sufre, no nos enojamos con los que aparentemente lo causaron,

porque eso nos atraparía aún más en el mundo del ego de uno u otro.

Más

bien, nuestro hermano mayor nos ha estado enseñando a percibir cualquier

petición como universal, la visión curativa que incluye a todas las cosas

vivientes en su amor reconfortante.

El hermoso motivo de la quietud regresa brevemente, recordándonos sobre

los estridentes sonidos de la ignorancia y dolor:

(II.6:4) Aguardemos un instante y estemos muy quietos, olvidándonos de todo lo que habíamos creído oír y recordando cuán poco sabemos.

Nuestra humildad nos lleva a recordar que nuestro hermano somos nosotros

misimos, descartando así la arrogancia del ego de la separación y su loca

creencia de que la relación especial es la llave de la felicidad:

(II.6:5-7:1) Este hermano ni nos dirige ni nos sigue, sino que camina a nuestro lado por la misma senda que nosotros recorreremos. Él es como nosotros, y se halla tan cerca o tan lejos de lo que anhelamos como le permitamos estar. No hacemos ningún avance que él no haga con nosotros, y si él no avanza, nosotros retrocedemos. No le des la mano con ira, sino con amor, pues su progreso es el tuyo propio. Y recorreremos la senda por separado a no ser que lo mantengas a salvo a tu lado.

Puesto que Dios os ama a los dos por igual, se te salvará de todas las apariencias y contestarás la llamada que Cristo te hace.

La fragmentación de la Filiación en objetos especiales de amor y odio, un mundo de ganadores y perdedores, preserva la existencia del sistema de pensamiento de separación del ego. Cuando por otro lado escuchamos a Jesús hablar de los intereses compartidos por todos, el conflicto se convierte en paz mientras que la ira se convierte en amor. La llamada de Cristo a Cristo ahora se puede escuchar, y cuando regresamos al Cielo recordamos que todos somos el Hijo de Dios – una Unicidad unida cual Una sola. Y nuevamente, volvemos a la quietud como la forma de recordar la verdad que habíamos olvidado:

(II.7:2-4) Estate muy quieto y escucha. Despeja tu mente de viejas ideas. Olvida las tristes lecciones que aprendiste acerca de este Hijo de Dios que te llama.

Primero necesitamos ponernos en contacto con lo que hemos escuchado del ego antes de que podamos hacer otra elección. Además, estos viejos pensamientos se remontan a la mentira original: la creencia arquetípica del ego en el pecado, la experiencia de la culpa y el temor de la ira de Dios.

Todas las faltas de perdón del inocente Hijo de Dios derivan de esta locura ontológica.

(II.7:5-6) Cristo llama a todos con igual ternura, sin ver líderes ni seguidores, y oyendo una sola respuesta para todos ellos. Puesto que Él

oye una sola Voz, no puede oír una respuesta diferente de la que dio cuando Dios lo nombró Su único Hijo.

Siendo el Hijo perfecto de la Unidad Perfecta, Cristo solo puede ver a Su

único Ser, reflejado en los intereses compartidos de la Filiación separada.

Nadie es visto como diferente o separado de nadie, porque el Hijo de Dios

sigue siendo él mismo, incluso en la ilusión. Solo en los frenéticos sueños

de especialismo se puede romper la unidad en fragmentos que están desunidos y en guerra entre ellos.

(II.8) Sumérgete en la más profunda quietud por un instante. Ven sin ningún pensamiento de nada que hayas aprendido antes, y deja a un lado todas las imágenes que has inventado. Lo viejo y decrepito se derrumbará ante lo nuevo tanto si te opones a ello como si lo apoyas. Ninguna de las cosas que consideras valiosas y dignas de tus atenciones

será atacada. Tampoco se atacará tu deseo de oír un llamamiento que jamás existió. Nada te hará daño en este santo lugar adonde vienes a escuchar en silencio y a aprender qué es lo que realmente quieres.

Esto

será lo único que se te pedirá aprender. Mas al oírlo, comprenderás que

lo único que necesitas hacer es abandonar los pensamientos que ya no

deseas y que nunca fueron verdad.

Una y otra vez, esta música Celestial nos recuerda que debemos dejar de

lado el pasado que nunca fue verdad y aceptar lo que siempre ha sido.

Este

es el estado de no oposición o conflicto, una simple liberación del viejo sistema de pensamiento de culpa y odio. Sin nuestro auto-concepto del pecado, no puede haber ataque ni sufrimiento, y ¿quién con esta comprensión podría volver a acariciar las tontas ilusiones del ego? La atracción del amor por el amor (T-12.VIII) sigue siendo la fuerza más poderosa dentro del sueño, y en su bondadosa presencia la vieja atracción

de la culpa se desvanece fácilmente.

(II.9:1) Perdona a tu hermano por todo lo que aparenta ser, lo cual procede de las viejas lecciones que te habías enseñado a ti mismo acerca

de tu pecaminosidad.

El uso de la palabra vieja nos devuelve al instante ontológico en el que el

aprendizaje original del pecado pareció suceder. De hecho, no ha habido

aprendizaje desde entonces, porque el ego envió al Hijo de Dios al mundo

de los seres que son inconscientes de la mente, el único lugar donde podemos desaprender las viejas lecciones, y donde el perdón de lo que nunca sucedió puede ocurrir.

(II.9:2-7) Oye únicamente su petición de clemencia y liberación de todas las pavorosas imágenes que tiene con respecto a lo que él es y a lo

que tú no puedes sino ser también. Él teme caminar a tu lado, y cree que tal vez si se atrasa o se adelanta un poco será menos peligroso para

él. ¿Cómo ibas a poder progresar tú si piensas lo mismo, y avanzas únicamente cuando él se rezaga y te quedas atrás cuando él se adelanta? Pues al hacer esto, te olvidas del objetivo de la jornada, que no es otro que la decisión de caminar a su lado, de modo que ninguno sea ni líder ni seguidor. Se trata, por lo tanto, de que caminéis juntos y no cada uno por separado. Y mediante esta decisión, el resultado del aprendizaje cambia, pues Cristo habrá vuelto a nacer para vosotros dos.

El cambio es que ya no nos vemos caminando solos, porque nuestros viejos

socios especiales son percibidos como lo mismo que nosotros - diferentes

en la forma, tal vez, pero con el mismo contenido de la de la mente dividida. Vemos el sistema de pensamiento del ego común a todos nosotros,

y al mismo tiempo escuchamos el llamado compartido para la liberación

que elegimos responder juntos. Cristo no puede renacer en el uno sin el

otro; la salvación no puede lograrse a expensas de otra persona. Sin embargo, uno no debe inferir de la anterior discusión que ambas personas

tienen que aceptar conscientemente esta sanación. El mensaje de Jesús es

que para que ocurra la sanación, solo uno de nosotros debe cambiar la orientación de la mente de uno u otro a juntos, o no en absoluto.

(II.10:1-2) Para que esto suceda, bastará un solo instante que estés libre

de tus viejas ideas acerca de quién es tu formidable compañero y de lo

que él debe estar pidiendo. Y percibirás que su propósito es el mismo que el tuyo.

El verdadero propósito de nuestro hermano no es mata o te matarán – el

propósito de matarnos, el nuestro matarlo a él – sino despertar del sueño a

través del perdón. No puede hacerlo haciéndonos responsables de su sueño,

ni podemos hacerlo haciéndolo responsable de los nuestros. Nos despertamos solo en el instante santo cuando elegimos en contra de la loca

creencia de que nuestra ganancia viene cuando otro pierde. Saber que ambos somos inocentes o culpables, nos ayuda a tomar la sana decisión por

la salvación.

(II.10:3-6) Él pide lo que tú deseas y necesita lo mismo que tú. Tal vez en su caso ello se manifieste de forma diferente, pero no es la forma a lo

que respondes. Él pide y tú recibes, pues has venido con un solo propósito: poder aprender a amar a tu hermano con un amor fraternal. Y en cuanto que hermano tuyo, su Padre no puede sino ser el mismo que el tuyo, ya que él es como tú.

Jesús está expresando la idea de unidad, reflejada en el mundo de nuestras

relaciones cotidianas en las que caminamos junto con todas las cosas vivientes, sin excepción. Esto es lo que hace que Un Curso de Milagros sea

tan difícil, porque el principio de juntos, o no en absoluto, socava la base

misma sobre la que nuestra existencia especial descansa. No hay un yo

individual en el Ser único, y no hay creencia de que uno gana para que otro

pierda, el fragmento sombrío del pensamiento de que Dios perdió y el ego

ganó. El Curso nos ha enseñado que los intereses de nuestro hermano son

los nuestros, y esta unidad reflejada prefigura nuestro regreso a la Unidad

del Amor Perfecto.

(II.11) Unidos podéis recordar y aceptar vuestra herencia común. Solos, se os niega a ambos. ¿No está claro acaso que mientras sigas insistiendo

en ser líder o seguidor pensarás que caminas solo, sin nadie a tu lado? Éste es el camino que no conduce a ninguna parte, pues no se te puede

otorgar la luz mientras camines solo, y así, no puedes ver por dónde vas. Esto produce confusión y una interminable sensación de duda, a medida que te tambaleas solo de un lado a otro en la obscuridad. Sin embargo, éstas no son más que apariencias de lo que es la jornada y de

cómo se tiene que recorrer. Pues hay Alguien a tu lado que ilumina tu camino, de modo que puedas dar cada paso con certeza y sin ninguna duda con respecto a qué camino seguir. Tener los ojos vendados puede ciertamente cegarte, pero no puede hacer que el camino en sí sea obscuro. Y Aquel que viaja contigo tiene la luz.

No podemos conocer esta luz a menos que permitamos que ilumine a todos.

La importancia de este tema en nuestra sinfonía no puede subestimarse. Es

el corazón del mensaje de Jesús para nosotros, el requisito previo para la

salvación. La percepción del ego de intereses separados es el camino al

infierno, mientras que la visión de Cristo de intereses compartidos es el camino que nos lleva a casa. Cuál elegiremos, pregunta Jesús: ¿luz o tinieblas, certeza o duda, salvación o condenación? Nuestro Maestro Que

tiene la luz, ilumina la respuesta, en la que se encuentra nada menos que la

elección en favor del Cielo y de nuestro Ser.

Ahora, cerca del final de "La visión del Salvador", nos acercamos al hermoso clímax de nuestra sinfonía de sinfonías:

(VII.8:1) ¡Mirad el papel que se os ha encomendado en el universo!

Esta declaración recuerda a la sección final de "Los obstáculos a la paz"

donde Jesús dice: "Contempla a tu Amigo, el Cristo Que está a tu lado"

(T19.IV-D.14:1). Uno puede imaginarse las trompetas de la orquesta de pie

para anunciar la perorata final.

(VII.8:2-4) El Señor del Amor y de la Vida le ha encomendado a cada aspecto de la verdadera creación que salve a todo el mundo de la aflicción del infierno. Y a cada uno Él le ha concedido la gracia de ser el salvador de los santos hermanos que especialmente se le confiaron. Y

esto es lo que él aprende cuando primero ve a otro tal como se ve a sí mismo y contempla su propio reflejo en él.

Aprendemos que somos uno con todos al deshacer la culpa que nos hizo

percibir a los demás como enemigos. Mirar sin juzgar con Jesús nuestras

relaciones especiales, las cuales alguna vez parecieron muy importantes,

nos otorga la "visión del salvador" la cual nos ayuda a darnos cuenta de que

somos iguales. Detrás de cada persona especial habrá miles, y tras de cada

uno de éstos mil más (T-27.V.10:4). En esa experiencia de perdón compartimos la verdadera percepción del Espíritu Santo y entendemos la

unidad de la Filiación, por eso a cada parte de la verdadera creación se le

confía el mensaje de salvación.

(VII.8:5-7) Así es como deja de lado el concepto que tiene de sí mismo, pues nada viene a interpo-nerse entre su visión y lo que contempla, para juzgar lo que él ve. Y en esta única visión él ve la faz de Cristo y se

da cuenta de que contempla a todo el mundo según contempla a este hermano. Pues ahora hay luz donde antes había oscuridad, y el velo que cubría su vista ha sido descorrido.

La generalización es el corazón de la pedagogía de Jesús, como vimos al

principio del libro de ejercicios (L-in.4-5). Practicamos con relaciones y situaciones específicas, y luego las generalizamos a todas ellas. Así nosotros subimos la escalera de la salvación y crecemos para darnos cuenta

de que todos son parte de la gloriosa Filiación de Dios. La oscuridad de la

separación y la culpa ha dado paso gradualmente a la luz de la simple

verdad del Cielo: el Hijo es uno, y tal como fue creado, así será por toda la eternidad.

Ahora viene una referencia explícita a "Los obstáculos a la paz": (VII.9:1) El velo que cubre la faz de Cristo, el temor a Dios y a la salvación, así como el amor a la culpabilidad y a la muerte, no son sino diferentes nombres de un mismo error: que hay un espacio entre tu hermano y tú que os mantiene aparte debido a una ilusión de ti mismo que lo mantiene separado a él de ti y a ti alejado de él.

Encontramos aquí en las páginas finales de nuestra sinfonía algo similar a

lo que hizo Jesús al final de "Los obstáculos a la paz" (T-19.IV-D). No hace

grandes declaraciones metafísicas. Se enfoca en lugar de ello, en perdonar a

la persona especial contra quien tenemos los resentimientos que sentimos

que son salvíficos. De esta manera deshacemos la base de ataque y juicio

del sueño - el pensamiento de culpabilidad por la separación - y despertamos de él. Para lograr esto, practicamos específicamente con las

mismas personas que son más difíciles y problemáticas. Esto incluye a aquellos que creemos que amamos, el odio especial y el amor especial son

lo mismo, para que aprendamos que la brecha entre nosotros no se basa en

nada. Al contrario de las mentiras del ego sobre el pecado y la culpa, permanecemos unidos para siempre en el Todo del Amor de Dios.

(VII.10:1-4) ¿Qué es la tentación sino el deseo de permanecer en el infierno y en la aflicción? ¿Y a que puede dar lugar esto, sino a una imagen de ti mismo que puede estar afligida y permanecer atormentada y en el infierno? El que ha aprendido a no ver a su hermano de esta manera, se ha salvado a sí mismo y, por ende, se ha convertido en el salvador de todos los demás. Dios ha encomendado a todos a cada uno, pues un salvador parcial es uno que sólo se ha salvado parcialmente.

Todos somos uno, un hecho que aprendemos mediante la práctica diaria de

nuestra función especial de perdón. Ni un Hijo puede ser excluido de

nuestra visión, porque Dios ha confiado Su Amor total a todos. ¿Quién en

su mente correcta podría cambiar la alegría de este Cielo en la tierra por el

indescriptible infierno de los aliados de ataque y juicio del ego?

(VII.10:5) Los santos hermanos que Dios te ha encomendado para que los salves son todos aquellos con quienes te encuentras o a quienes contemplas sin saber quién son; ...

Esta es una referencia a la parábola del evangelio (Mateo 25:35) y la línea

anterior de Jesús: "Yo era un extraño y tú me acogiste, a pesar de que no

sabías quién era" (T-20.I.4:3).

(VII.10:5-6) ... los que viste por un instante y luego olvidaste; los que conociste hace mucho; los que conocerás algún día; aquellos de los que

ya no te acuerdas y los que aún no han nacido. Pues Dios te ha dado a Su Hijo para que lo salves de cualquier concepto que él jamás haya abrigado.

Una y otra vez se nos ha enseñado que experimentamos el gozo y el amor

de la visión de Cristo al practicarla con todas las personas que conocemos o

incluso en las que pensamos - pasado, presente y futuro. Ni una sola mota

de culpa puede permanecer si queremos ser sanados, ya que todos los conceptos desaparecen cuando recordamos que somos los Hijos libres de

conceptos que Dios creó uno con Él.

(VII.11:1-4) Mas ¿cómo podrías ser el salvador del Hijo de Dios mientras todavía deseas permanecer en el infierno? ¿Cómo ibas a ser consciente de su santidad mientras lo veas separado de la tuya? Pues la

santidad se ve a través de los santos ojos que ven la inocencia en su interior, y que, debido a ello, esperan verla en todas partes. De esta manera, la invocan en todo aquel que contemplan, para que pueda ser lo que ellos esperan de él.

El infierno es el mundo de separación y especialismo del ego, y Jesús nos

pide repetidamente que elijamos entre permanecer prisioneros en la

oscuridad del cuerpo, rodeados por el fétido hedor de la muerte, y liberarnos a nosotros mismos y a nuestros hermanos mirando más allá de la

carne a la mente dividida que compartimos. En esta percepción sanada se

encuentra tanto en el pecado como en la santidad, y el poder de elegir correctamente – la visión del salvador:

(VII.11:5-7) Ésta es la visión del salvador: él ve su inocencia en todos los que contempla, y su propia salvación en todas partes. No tiene un concepto de sí mismo que se interponga entre sus ojos despejados y serenos y lo que ve. De este modo, lleva la luz a todo lo que contempla para así poderlo ver como realmente es.

No se afirma, sino que se da a entender, como en tantas otras partes de este

capítulo, que antes de adquirir la visión del salvador que ve inocencia en

todos, primero debemos ver su culpa. Lo positivo en Un Curso de Milagros

es la destrucción de lo negativo del ego. En los sueños compartimos los

mismos problemas, arraigados en el concepto del pecado, y compartimos la

misma necesidad de escapar a través del perdón. Sólo entonces llega la

visión del inocente Hijo de Dios, detrás de la cual alborea el recuerdo del

único Hijo de Dios, el Cristo Que es nuestro Ser.

(VII.13:1-5) Así como la visión del salvador está desprovista de cualquier juicio acerca de ti, del mismo modo es inocente con respecto a

lo que tu hermano es. No ve el pasado en nadie en absoluto. Y así, sirve

a una mente completamente receptiva, libre de viejos conceptos y dispuesta a contemplar sólo lo que el presente contiene. No puede juzgar porque no sabe nada. Y al haber reconocido esto, simplemente pregunta: “¿Cuál es el significado de lo que contemplo?”

En otras palabras, no le damos al mundo su significado; ni le decimos a Jesús el "significado" de una situación y luego hacemos que su respuesta se

haga eco de su falta de significado. En cambio, decimos que no

entendemos, deshaciendo las percepciones pasadas que creíamos reales.

Esto lo invita a aportar su concepto curativo de perdón, lo que significa que

aceptamos la visión en la que vemos la única realidad del mundo ilusorio, la

faz resplandeciente de la inocencia de Cristo:

(VII.13:6-7) Entonces se le da la respuesta. Y la puerta se abre para que la faz de Cristo refulja sobre aquel que con inocencia pide ver más allá del velo de las viejas ideas y de los conceptos ancestrales que por tanto tiempo abrigó contra la visión de Cristo en ti.

Esta gozosa experiencia es el resultado inevitable del cambio de los maestros internos. Por fin hemos dejado que Jesús nos ayude a ver el mundo como él lo ve, brillando a través del instante santo que nos libera del

pasado y su tiranía de especialismo y culpa.

(VII.15:1-4) No dejes que la luz del mundo, la cual te ha sido concedida,

permanezca oculta en el mundo. El mundo necesita la luz, pues es ciertamente un lugar sombrío, y los hombres se desesperan por haber negado la visión del salvador y lo que ven es la muerte. Su salvador se encuentra ahí, desconocidamente y desconocido, y los contempla con los ojos cerrados. Y ellos no podrán ver hasta que él los contemple con ojos videntes y les ofrezca el perdón que se ofrece a sí mismo.

El mundo espacio-temporal “se arrastra pesadamente, y ... ya está muy

cansado. Está viejo, agotado y sin esperanzas” (M-1.4:4-5). Necesita la luz

para aliviar su oscuro sufrimiento y para otorgarle liberación. ¿Para quién,

excepto el Hijo de Dios, puede haber esperanza? ¿Y quién, excepto el Hijo

de Dios, es nuestra mente tomadora de decisiones preparada ahora para

elegir de nuevo: perdonar a quien había matado y liberar a quien había aprisionado? La salvación está aquí, y ¿retrasaríamos su gentil advenimiento un instante más?

(VII.15:5-7) ¿Podrías tú a quien Dios exhorta: “¡Libera a mi Hijo!”

caer en la tentación de no escuchar, una vez que te has dado cuenta de

que es tu propia liberación la que Él pide? ¿Y qué otra cosa sino ésta pretende enseñar este curso? ¿Y qué otra cosa sino ésta tienes que aprender?

Esta es la suma y sustancia de Un Curso de Milagros, la esencia del perdón

que corrige todas las percepciones erróneas de las diferencias. Como somos

iguales, si te perdono, me perdono a mí mismo. Además, la única forma en

que puedo perdonarme a mí mismo es perdonándote a ti. A petición nuestra,

Jesús ha sustituido con su principio de juntos, o no en absoluto al uno u otro

del ego, deshaciendo el núcleo del sistema de pensamiento del ego que dice

que Dios y Su Hijo son diferentes, que nuestros intereses están separados de

los Suyos, y que necesitamos preocuparnos sólo por lo que satisface nuestras necesidades especiales. Este egoísmo ontológico es transportado a

través de todos los aspectos de nuestro mundo, dejando la respuesta a todos

los problemas como la simple comprensión de cuán parecidos somos realmente. En esta feliz comprensión somos curados; en esta curación se

libera al Hijo de Dios; y en su liberación volvemos al Cielo que nunca abandonamos.

Coda I.

Hemos llegado al final de la sinfonía: una doble coda. He mencionado anteriormente que esta forma musical proviene del latín cauda, que significa

"cola", que denota el final de una composición relativamente larga. La coda

generalmente usa material diferente, todo el cual, sin embargo, está relacionado temática-mente a lo que lo precedió. Desde el párrafo 7 hasta el

final de la última sección del texto, "Elige de nuevo", encontramos el equivalente de la coda del Curso, algo diferente de lo que vino antes, aunque con los mismos temas. Está esencialmente en dos partes, las cuales

presento por separado con muy breve comentario.

Un punto adicional antes de continuar. A partir del Capítulo 21, hay muy

pocas referencias en primera persona en el texto. El editorial

"nosotros" y

"nos" aparecen varias veces, aunque la prominencia del "yo" -

refiriéndose

específicamente a Jesús - en gran parte ha desaparecido. De repente, ahora

la primera persona regresa, y el contraste con su ausencia durante varios

capítulos hace que su apariencia sea aún más dramática. En Coda I

encontramos la súplica final de Jesús de que volvamos a elegir y

aceptemos

su visión del perdón, recapitulando el tema de no percibir intereses

separados en la Filiación. Si realmente deseamos experimentar el amor

y la

alegría de esta gloriosa visión, debemos compartirla con todos, porque

solo

entonces podremos abandonar el mundo del sufrimiento y la muerte

para

caminar juntos hacia el mundo real, el penúltimo paso de nuestro

viaje:

(VIII.7-9) No me niegues el pequeño regalo que te pido, cuando a cambio de ello pongo a tus pies la paz de Dios y el poder para llevar esta paz a todos los que deambulan por el mundo solos, inseguros y presos del miedo. Pues se te ha concedido poder unirte a cada uno de ellos, y a través del Cristo en ti, apartar el velo de sus ojos y dejar que contemplen al Cristo en sí mismos.

Hermanos míos en la salvación, no dejéis de oír mi voz ni de escuchar mis palabras. No os pido nada, excepto vuestra propia liberación. El infierno no tiene cabida en un mundo cuya hermosura todavía puede llegar a ser tan deslumbrante y abarcadora que solo un paso la separa del Cielo. Traigo a vuestros casados ojos una visión de un mundo diferente, tan nuevo, depurado y fresco que os olvidaréis de todo el dolor y miseria que una vez visteis. Mas tenéis que compartir esta visión con todo aquel que veáis, pues, de lo contrario, no la contemplaréis. Dar este regalo es la manera de hacerlo vuestro. Y Dios ordenó, con amorosa bondad, que lo fuese.

¡Alegrémonos de poder caminar por el mundo y de tener tantas

oportunidades de percibir nuevas situaciones donde el regalo de Dios se puede reconocer otra vez como nuestro! Y de esta manera, todo vestigio del infierno, así como los pecados secretos y odios ocultos, desaparecerán. Y toda la hermosura que ocultaban aparecerá ante nuestros ojos cual prados Celestiales, que nos elevarán más allá de los tortuosos senderos por los que viajábamos antes de que apareciese el Cristo. Oídmme, hermanos míos, oídmme y uníos a mí. Dios ha decretado que yo no pueda llamaros en vano, y en Su certeza, yo descanso en paz. Pues vosotros me oiréis, y elegiréis de nuevo. Y con esa elección todo el mundo quedará liberado.

Coda II.

Aunque en Coda II los últimos tres párrafos todavía vienen en primera persona, Jesús se dirige a Dios como Aquel que reza por nosotros. En términos de su forma general, esta coda se toma de lo que se conoce en los círculos Católicos como la oración sacerdotal de Jesús (Juan 17). Si lees esa oración con atención, especialmente en el contexto del evangelio mismo, está claro que el salvador bíblico no ora por todas las personas sino sólo por "los suyos". Si bien las palabras de las escrituras son hermosas, debajo de ellas no hay nada más que un himno al especialismo del ego. Aquí vemos a Jesús tomando la misma forma, y cambiando al contenido de totalinclusividad de su amor en una expresión consumada del mensaje del

Curso:

(VIII.10-11) Gracias, Padre, por estos santos seres que son mis hermanos, así como Tus Hijos. La fe que tengo en ellos es Tu Propia fe. Estoy tan seguro de que vendrán a mí como Tú estás de lo que ellos son, y de lo que serán eternamente. Ellos aceptarán el regalo que les ofrezco porque Tú me lo diste para ellos. Y así como yo únicamente quiero hacer Tu santa Voluntad, ésa también será su elección. Te doy gracias por ellos. El himno de la salvación resonará a través del mundo

con cada elección que cada uno de ellos haga. Pues compartimos un mismo propósito, y el fin del infierno está cerca.

Mi mano se extiende en gozosa bienvenida a todo hermano que quiera unirse a mí para ir más allá de la tentación, y mirar con firme determinación hacia la luz que brilla con perfecta constancia más allá de ella. Dame los míos, pues te pertenecen a Ti. ¿Y podrías Tú dejar de hacer lo que es Tu Voluntad? Te doy las gracias por lo que mis hermanos son. Y según cada uno de ellos elija unirse a mí, el himno de gratitud que se extiende desde la tierra hasta el Cielo se convertirá, de unas cuantas notas sueltas, en un coro todo-abarcador, que brota de un

mundo redimido del infierno y que te da las gracias a Ti.

Y ahora el director baja su batuta mientras guía la sinfonía a su majestuoso

cierre, devolviéndonos a todos los Hijos de Dios a la Unidad viviente que

nunca dejó de ser nuestro hogar. Las últimas palabras pertenecen a nuestro

amado hermano, quien nos ha guiado fielmente a través de las tinieblas del

mundo hacia la resplandeciente luz del eterno amor del Cielo:

(VIII.12) Y ahora decimos “Amén”. Pues Cristo ha venido a morar al lugar que, en el sosiego de la eternidad, Tú estableciste para Él desde antes de los orígenes del tiempo. La jornada llega a su fin, y acaba donde comenzó. No queda ni rastro de ella. Ya no se le otorga fe a ninguna ilusión, ni queda una sola mota de obscuridad que pudiese ocultarle a nadie la faz de Cristo. Tu Voluntad se hace, total y perfectamente, y toda la creación Te reconoce y sabe que Tú eres la única Fuente que tiene. La Luz, clara como Tú, irradia desde todo lo que vive y se mueve en Ti. Pues hemos llegado allí donde todos somos uno, y finalmente estamos en casa, donde Tú quieres que estemos.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.

z-library.se singlelogin.re go-to-zlibrary.se single-login.ru

Official Telegram channel

Z-Access

<https://wikipedia.org/wiki/Z-Library>

This file was downloaded from Z-Library project